EL AÑO DEL CENTENARIO

(Páginas íntimas de mis Memorias)

---

13 *Septiembre* 1910.

Mi patriotismo me ha llevado hasta la estación central a presenciar la partida del Excmo. señor Vice-presidente de la República que se dirige al puerto a presenciar la Revista Naval, en que figuran buques de guerra extranjeros.

¡Su Excelencia está espléndido! En tanto que asoma su robusta cabeza por la ventana del vagón presidencial, pienso—con sinceridad—en que es hombre que se merece el golpe de fortuna que la providencia le envía por «simpático» y por «buen muchacho»! Yo daría todos los honores de esta vida, en cambio de poseer el don de hacerme querer, virtud que el señor Vice-presidente atesora en su alma en forma exuberante. El afecto de todos lo rodea,

Un silbido resuena y la máquina enorme, moviendo sus ruedas gigantescas y balanceando las guirnaldas que la adornan, se pone en marcha. Don Emiliano agita bondadosamente su mano en señal de despedida, sonríe afablemente, con cierto gesto socarrón, que parece decir «buen dar con el pastel que me ha tocado», al tiempo que su gran nariz toma—en la algazara festiva del ambiente—un aspecto «borbonesco». Parece un «bon roi de France» capetano.

Dormir . . . dormir . . . dormir . . . Hé ahí el anhelo que vibra en mi individualidad exhausta, al tiempo que regreso hacia mi hogar, dichoso de haberme librado de los festejos que habrán de llevarse a efecto, mañana, en Valparaíso.

La ciudad empieza a iluminarse y el fracaso «eléctrico» es completo! El aspecto general es de una tristeza infinita, lúgubre, melancólico, taciturno, fúnebre, todo lo que se quiera, menos alegre. Las luces rojas y verdes, débiles, agonizantes, apenas logran traspasar el vidrio opaco de las ampolletas; diríase que estuvieran envueltas en nieblas o crespones.

Hay gente—si gente puede llamarse a esa canalla—que se entretiene en destrozar, a pedradas, los globillos eléctricos y las hileras que permanecen obscuras, con este motivo, contribuyen a ensombrecer aún más el panorama.

¡Yo colgaría de los árboles y faroles a esos salvajes, como liebres cazadas, cabeza abajo, pies arriba!

Paso por el Club Balmaceda en el instante en que sale—presurosamente—un alto empleado del Go-

bierno. Se lleva a efecto adentro el banquete ofrecido por la «juventud» al Colegio Militar. La «juventud» lo aprovecha bien y no pierde el tiempo, a juzgar por la bullanga que se siente!

Me escondo tras de una puerta por el temor de que el funcionario en cuestión, me invite a tomar parte en la fiesta...

Dormir... dormir... dormir, es lo único que me atrae en la hora presente, y, a pesar del cansancio que siento en las piernas, me dirijo al trote hacia mi hogar, tropezando con guirnaldas, adornos de alambres, programas y banderas, trofeos de la algazara nacional que surgen de todas partes como criaturas de pesadilla.

Penetro a la casa apacible, atravieso el «hall» que el silencio envuelve y arribo a mi aposento.

¡Oh, la cama! ¡Oh, la camisa de dormir! ¡Oh, sacarse las medias y los zapatos! ¡Oh, la frescura de las sábanas de hilo que reconfortan y descansan al cuerpo «courbaturé» y afiebrado!

Nada hay más delicioso y que inspire mayor bienestar que deslizarse entre esos finos tejidos perfumados, acariciadores, como una nieve levemente entibiada. ¡Oh, estirarse y darse vuelta, de boca, de lado, de espaldas!

Me dejo llevar por esa exquisita sensación de reposo y cierro los ojos, dispuesto, por fin, a soñar con que «las fiestas han terminado», cuando, de súbito, empieza el teléfono a repiquetear, con tal frenesí, que me deja sentado, de golpe, con todos los pelos de punta...

—Ha de ser—sin duda—algún llamado para mí, pienso. ¡La muerte de un Embajador, un percance

protocolar, o algo, que, de seguro, me obligará a levantarme!

Espero jadeante, en tanto que escucho la voz de la persona que ha tomado el fono, que dice:—Le voy a avisar, señor.

Cruje la escala bajo los pasos del mozo que sube a llamarme, y luego héme, en camisa, frente al cien veces maldito aparato de las comunicaciones rápidas, aguzador de los nervios, agotador de la paciencia, perturbador del sueño y revelador de indiscreciones.

—Aló...

—Aló... Aló... ¿Señor Morla? pregunta una voz angustiada.

—Sí. ¿Qué hay? Estoy en camisa...

—¿No ha ido Ud. a Valparaíso puesto que está Ud. en Santiago? prosigue.

—Ha dicho Ud. la verdad.

—Señor Morla... No se imagina Ud. lo que ocurre, continúa la voz; habla Ud. con un miembro de la Comisión de alojamiento de las Embajadas.

—Pero qué pasa...

—Es atroz... horrendo... inaudito...

—Pero diga Ud... ¡diga pronto!

—Las delegaciones centro-americanas—residentes en el Palacio Nieto—están presas... ¡Presas! Tal como lo oye Ud., señor.

—¡Presas!—exclamo aterrado ante la visión de los señores diplomáticos detenidos en alguna comisaría de policía por obra de algún guardián imbécil.

—Presas, en su mismo palacio—declara la voz con vehemencia, por culpa de la servidumbre que

—sin duda «bebida»—se ha ido a ver la iluminación cerrando las puertas y llevándose las llaves.

—Ave María... exclamo.

—¿Qué ave? señor Morla...

—María...

—No le entiendo

—No importa, señor, me voy a vestir para...

—No le oigo, no corte... Aló, Aló, Aló...

Empieza, a esta altura de la hablada, toda la complicación de las líneas cruzadas, de las campanillas y repiqueteos, de los choques eléctricos y voces de todos tonos y matices.

Sin acertar a tomar determinación alguna ante tan inesperado acontecimiento, me visto de prisa y me lanzo a la calle, en dirección al lugar del suceso.

¡Adiós sueño, cama fresca, sábanas sutiles y reposo bienhechor! En tanto que me acerco al sitio de la trajedia, flotan en mi mente «cordeles», «escaleras», «paracaídas», un sinnúmero de aparatos adaptables a la solución del problema.

En efecto, los señores delegados de todas las Naciones centro-americanas, hállanse tristemente asomados en las ventanas, con sus damas, que miran las estrellas y la luna, en tanto que los «vasallos» han ido, llevándose llaves y candados, a ver los fuegos artificiales.

De pie, en el jardín, con el cogote torcido hacia arriba, en la actitud de un pollo que toma agua, propongo diversos temperamentos de mi invención, en vista de que el hecho no está contemplado en el protocolo.

Propongo, primero, ir en busca de los fugitivos que serán destituídos al día siguiente. Luego, pro-

pongo, poner una banda de músicos o una estudiantina que cante serenatas a los caballeros apresados para aliviarlos. La escena tiene cierto aspecto medioeval, o de ópera dramática de carácter feudal. «Il Trovatore».

Los distinguidos diplomáticos han descubierto una escalera y subo por ella como un Romeo moderno, de «chaqué» y de «colero»; pero gentilmente optan por recogerse a sus habitaciones y aprovechar las horas de encierro obligado, durmiendo...

A mi vez me retiro, pero paso la noche en vela ante un temor que me asalta:

—¿Qué decreta el ceremonial, si viene, para colmo, un temblor?

Septiembre 14.

Todo el día hemos recibido noticias de los festejos que se desarrollan en el vecino puerto, que tenían por base la revista naval, que fué presenciada por Su Excelencia e ilustres acompañantes a bordo de la «Baquedano»...

Las cuatro naves yanquis, las del Brasil, de la Argentina, Alemania, Italia y Ecuador, desfilaron majestuosamente, en íntimo consorcio, con los barcos de la marina chilena. El Ecuador es un buen amigo de Chile, pronto a manifestarnos su espontánea simpatía, sin que logre perturbarla la obra desquiciadora de cierto periodiquillo titulado «El Guante», que no me extrañaría perteneciera a manejos peruanos.

El Excmo. señor Alfaro, primer magistrado de la

Nación hermana, habría visitado gustoso nuestro país con motivo de las fiestas centenarias, pero debe de haber desistido de su propósito en vista del protocolo suscrito que determinó la visita del Excmo. señor Figueroa Alcorta. La presencia de dos presidentes de Repúblicas igualmente amigas, daba lugar a dificultades de carácter ceremoniático que conviene evitar.

Noto—al hablar por teléfono a Valparaíso—que no hay entusiasmo cuando se refieren al lunch ofrecido por Su Excelencia, en el Palacio de la Intendencia, en honor de los Almirantes y jefes extranjeros. No me extrañaría que hubiera acaecido algún incidente desagradable, a juzgar por cierta circunspección y misterio que creo notar al referirme a esa nota importante del programa.

En la capital el movimiento no escampa. Aparece, de súbito, como regimiento formado, un grupo de militares... Penetran a la sub-secretaría de Relaciones Exteriores con ademanes dramáticos y gestos doloridos. Son los edecanes nombrados por el Gobierno para atender a los Embajadores y delegados. Hablan todos a la vez.

—Han desembolsado dinero, dinero de sus rentas particulares. Y enumeran: tanto, una tarde que el Excmo. señor—entregado a su cuidado—optó por lustrarse los zapatos en la calle; tanto, otro día en que se le ocurrió tomar limonada, etc.

Piden asignaciones para hacer frente a esos casos.

—Háganlo por patriotismo, propone el Ministro señor Izquierdo, que entra en este momento.

En esto estamos cuando penetra, como chiflón, el Mayor señor Ortiz Wormald, mozo inteligente y

muy vivo, que se halla agobiado bajo la noticia del «encierro obligado», de que han sido víctimas anoche las delegaciones centro-americanas.

—Se han visto—exclama—en la necesidad de colocar una escalera del jardín a la ventana... Los mozos borrachos... Las puertas herméticas... Las llaves perdidas...

No encuentra, sin duda, bastante azorada la expresión de mi rostro, por cuanto me interpela con fuego.

—Han bajado por la ventana—señor—¡por la ventana! Tal como suena!!!

—Lo siento hondamente, respondo, pero... que es un buen ejercicio, es un hecho que no se discute.

De todas partes entran individuos que traen consigo la noticia y no falta el «suche» entronizado por el centenario, que perora con intenciones de hacerme responsable del incidente.

—Es una vergüenza... dice.

—Me aseguran—dice otro—que han descendido por la ventana... y aún que hay una fractura.

—Es la verdad, exclama un tercero, mozalbete intruso que no se ha frotado nunca con nadie decente y que el ambiente festivo marea.

«Se ha hecho íntimo amigo de los señores delega-
« dos centro-americanos, almuerza y come—perpe-
« tuamente invitado con ellos—y, por lo tanto, ha
« sufrido también el encierro. Descendió a su vez
« por la ventana y se torció un pie».

—Lo tengo hinchado, declara levantando su pata. Es una vergüenza nacional, agrega.

—No es para tanto, exclamo impacientado.

—Pero señor Morla...

—Entonces ponga Ud. otra escalera; propongo que vuelvan a subir por ella a fin de penetrar al recinto por la ventana. En seguida abre Ud. la puerta de calle solemnemente y que salgan por ella en son de desagravio... No le veo otro remedio...

Hé ahí lo que ocurre en Santiago, en el edificio de la Moneda, en tanto que el Gobierno presencia los festejos del vecino puerto.

No asisto a la continuación del torneo de esgrima que se lleva a efecto en la Casa Consistorial, pero a las 5 P. M. me dirijo a la recepción que la Escuela Militar dedica al Colegio Argentino. Su director, Coronel Schönmeyer, ha llegado a enflaquecer en su organización. Por los corredores y en el enorme patio germina una muchedumbre compacta, abigarrada, en que domina una humanidad característica: «las mamás de los cadetes». Se pavonean como dueñas del establecimiento, gordas, pechugonas, caderudas, suculentas!

Las bandas de músicos, ubicadas en todas partes, aturden, en tanto que se baila en el gran salón en una atmósfera caldeada—40 grados;— vaga allí un aroma a militar y a suegra. El «buffet» es un laberinto, especie de terremoto en que todo arreglo ha degenerado en desorden. Abunda una raza femenina que la milicia enloquece, atrae: ¡mujeres que sueñan con coroneles y tenientes!... Las hay pintadas y sudorosas, lo que crea en sus rostros lágrimas multicolores... Me siento enfermo, asqueado, y pienso, con pavor, en todo lo que se me espera todavía.

En la noche regresa a la capital Su Excelencia, el Vice-Presidente de la República y su séquito.

¡Bien decía yo que algo había ocurrido en el lunch de la Intendencia—involuntario percance, por cierto,—pero desagradable! Contado de boca en boca, el incidente asumirá proporciones de montaña.

He notado —puede que sea idea— una ligera «frialdad» brasileña, que proviene, imagino, de la visita del primer magistrado de la Nación Argentina. Celos internacionales que honran.

Están, pues, nuestros buenos amigos del Brasil un tanto «quisquillosos» y, para colmo de desgracia, ha querido la mala suerte que los oficiales navales de esa República, se encontraran sin asiento en el banquete marítimo del puerto. Organización deficiente, y percance lamentable... y nada más! La consternación es general, el disgusto unánime, y si se pusiera un poco más de corazón y menos etiqueta en la vida mutua de los pueblos, sería ese sentir común mayor prueba de afectuosa fraternidad que la presencia de las sillas que, por omisión, faltaron.

Da Gama regresa a la capital amable siempre y risueño. La iluminación «a giorno» de la ciudad fracasa i las luces en profusión brillan rojizas, tristes, como avergonzadas y le dan a la Alameda un aspecto taciturno, veneciano, que me agrada. El gentío ávido de fulgores protesta y culpa al Presidente de la República del contratiempo, como si fuera éste electricista.

Estamos en pleno «tole tole». Los miembros de las misiones están casi todos en la capital y recorren las calles en medio de ovaciones y aplausos. Se ha designado, en calidad de secretario, a un joven chileno para cada jefe de embajada o delegación, y,

estando bien elegidos, afectuosos, son confidentes y amigos a la vez. Esa cooperación general crea, en medio de la atmósfera protocolar, un ambiente de hospitalida d cautivadora. Haré un resumen de las Misiones acreditadas.

Tenemos en primer término al Excmo. señor Presidente de la República *Argentina* que llegará mañana con un fastuoso séquito, y alojará en casa de la Sra. Mac Clure de Edwards; tendrá de secretario a Emilio Tagle R.

Alemania.—La brillante embajada que preside el General von Pfuell, aloja en Huérfanos, casa de don Ismael Tocornal. Lo atiende el general don Gregorio Amunátegui y, en calidad de secretario, Ricardo Pepper van Buren.

Austria.—Acredita su actual Ministro Barón Jean de Styrcea, buen hombre, con ciertas ínfulas de nobleza. Su dolor ha sido ver a su colega de Francia, recibir credenciales de Embajador. No se cansa de protestar de la poca franqueza de éste y de repetirme: «que si hubiera querido, también habría sido investido en la misma categoría... pero...»

Bélgica.—He hablado ya del Excmo. señor Charmanne y de su esposa, excelentes personas, amigos de la vida tranquila, del campo, de la crianza de aves y del cultivo de cosas buenas: rabanitos y lechugas. Se alojan en Delicias 78, conjuntamente con la misión mejicana, casa de doña Trinidad Fontecilla de Balmaceda.

Brasil.—Acredita una alta personalidad que merece ser considerada aparte. No pretendo esbozar en mi libro íntimo la biografía del ilustre hombre público brasileño, por cuanto la detallada enumera-

ción de la labor de un individuo a través de su vida pública no cuadra con la intención sincera de mis escritos, ni es obra de mis resortes; otros más autorizados que yo se encargarán de ello; en cambio, me es grato observar y conocer a los seres que me interesan—que llaman mi atención—en el aspecto sincero y psicológico de su existencia diaria. Para conservar un retrato instantáneo y absolutamente verídico y palpitante de don Domicio da Gama, he anotado muchos párrafos en los pedacitos de papel que ando trayendo siempre en mi bolsillo.

De los ocho Embajadores acreditados ante el Gobierno de Chile, con ocasión del presente Centenario, quiero—pues—detenerme afectuosamente para describir la potente figura y la muy interesante personalidad del Excmo. señor representante del Brasil, amigo y hombre de confianza de Su Excelencia el Barón de Río Branco.

Lo acompañan, en calidad de secretario, don Hipólito de Araujo; en el carácter de Adicto don Francisco Castello Branco y en representación del Ejército, el Teniente Coronel Tasse Fragossy.

El señor Embajador—si no se impone a primera vista—interesa y llama poderosamente nuestra atención. Desde un principio e iniciada la conversación, sabe cogernos favorablemente, envuelto como está su trato de una suavidad exquisita y de una sencillez cautivadora. Su aspecto físico desconcierta en el primer instante y luego agrada. Su tez broncínea, de un color que nos recuerda el oriente, forma un contraste con su abundante cabellera totalmente canosa, a pesar de su relativa juventud.

De sus ojos —más negros que la endrina— emana

una luz impregnada de dulzura que inspira confianza y sugiere serenidad. Su individualidad exterior acusa la presencia de un espíritu reposado, tranquilo, exento de pasiones violentas y pletórico de impulsos generosos. Siempre me ha sugerido apreciaciones psicológicas la forma en que los hombres tienden la mano al saludarse. El señor Da Gama manifiesta la bienvenida en un ademán amplio, decidido y vigoroso, acompañado de una frase breve y amable y de una mirada expresiva que encierra una intención adaptable a cada cual. Esa actitud sincera y espontánea impone seguridad y con el tiempo, sin duda, crea afecto.

En el laberinto que ha vertido en mi mente—en esta semana de suplicio—la infinidad de seres que me ha sido menester encontrar y reconocer en el espacio de ocho días, el representante del Brasil se destaca netamente. Breves instantes después de celebrar nuestra primera entrevista, me siento en presencia de un hombre decidido que embraza su destino con voluntad indomable, sin alarde ni bombo, exento de vanos artificios y de teatralidades decorativas, seguro de sí mismo y confiado en su talento bien cimentado y en su equilibrio intelectual capaz de sobrevivir a las generaciones venideras.

Su residencia en Santiago ha sido fijada en el palacio Meiggs, ubicado en la Alameda de las Delicias.

El Embajador del Brasil ha presentado sus credenciales. Lo hemos ido a buscar a su domicilio en carruaje de gala.

Sonriente y tranquilo, revestido de su uniforme verde recamado de oro, ha tomado colocación sobre los cojines de seda azul del coche funambulesco,

denominado la Berlina, que se balancea graciosamente sobre sus resortes. Después de avanzar un rato con todas las dificultades ocasionadas por los cuatro corceles fogosos y ante la *cbetud* de los transeuntes boquiabiertos, se suscita, en una esquina, un desorden en que desempeña principal papel un carretón lechero. El escuálido rocín del mencionado vehículo se ha ido de bruces y, enchamarrado entre la lanza y los arneses, no logra levantarse, a pesar de las vibrantes exhortaciones lanzadas por el carretonero. En este intríngulis indescifrable, corre el líquido blanco por el asfalto haciendo las delicias de un can famélico, cuyos ojos desorbitados brillan y cuya lengua en la leche suena.

Da Gama se asoma por la puerta y se regocija del espectáculo.

—Vea Ud., mi amigo, me dice, no se aflija por este número fuera del protocolo. La escena es encantadora y pintoresca, ¿verdad? No la pierda Ud.

Y en este instante una inspiración me asalta.

—Señor Embajador, le digo, ¿ha traído Ud. las credenciales? A veces—a fuerza de tenerlas tan presentes—se olvidan las cosas más importantes.

Y don Domicio, febrilmente, empieza a auscultar sus bolsillos y luego se golpea la frente.

—Es Ud. un profeta, mi amigo, exclama. He dejado en casa los preciosos documentos.

Y el regreso se inicia por encima del carretón en desgracia por esas calles estrechas, demasiado humildes para la carroza de la cenicienta. Y al pasar frente al Club, casi ultimamos a una viejecita corredora que se escapa de las ruedas por milagro. En la puerta, algunos socios, dominados por ese espí-

ritu chileno característico, dan libre curso a su hilaridad espontánea y el Embajador, afectuoso y simpático, sonríe regocijado y reconforta mi espíritu con frases como éstas: No le dé importancia, amigo mío, a todo esto. No importa. Bien escapó la anciana señora. No nos agitemos más de lo que es menester.

Bolivia.—Envía un Embajador muy conocido en Chile, don Macario Pinilla, cuya presentación de credenciales ya he descrito. Aloja en Carrera 146, casa de don Carlos Grez. Lo atiende Enrique Concha C.

Colombia.—Acredita a don Roberto Ancízar, recién llegado. Es un hombre fino, de una educación cuidada, autor del «Catecismo» cívico adoptado para las escuelas de la República argentina. Lo acompaña su hija, una delicada criatura rubia, de modales afectuosos y de mirada llena de dulzura. Se aloja con las misiones de Bélgica y de Méjico en Alameda 78, donde reina una atmósfera de «gatos engrifados» de que hablaré más adelante.

Cuba.—Don César Pinto representa a la isla primorosa, acompañado del Coronel J. F. Valiente, que parece disgustado con la humanidad, en general, lo que hace que desentone un tanto con su uniforme blanco, semejante al que llevaba el «aguilucho» rey de Roma. Lo atiende Alberto Sánchez O.

Costa Rica.—Nos envía a don Alfredo Volio, un hombre de talento y de buena presencia. Lo acompaña don Pedro Iglesias.

España.—El viejo Duque de Arcos, de quien hablé ya, se aloja con su interesante esposa en casa de don Claudio Matte, Compañía 1411. Lo atiende,

solícitamente, don J. Florencio Valdés Cuevas y como secretario, Domingo Toro A.

EE. UU.—El Excmo. y muy simpático Embajador, Mr. Henry White, acompañado de su cortejo de plenipotenciarios, aloja en la fastuosa residencia de don Ruperto Ovalle, calle Compañía. Los atiende Marcos Huidobro y don Jorge Astaburuaga.

Mr. White se hace querer por la gentileza acogedora que emana de su personalidad sobresaliente.

Ecuador.—Representado, con gran pompa, por un Ex-Presidente de esa nación hermana, don Luis Cordero, quien representa al General Alfaro «directamente»—según declaraciones de las credenciales —con deseos de darle aspecto de Embajador. Lo acompaña un hijo del primer magistrado, Coronel Olmedo Alfaro y el Capitán de Navío don Francisco Fernández Madrid.

El señor Cordero es un anciano arrogante, que tiene más de águila que de oveja. Su figura respetable no está exenta de solemnidad: de nariz larga y encorvada y de ojos azules llenos de luz. La amistad chileno-ecuatoriana—avivada por las divergencias con el Perú,—encuentra en él un «manifestante» exaltado. Literato, habla enfáticamente de su segunda patria— Chile — escribiendo odas a la bandera y dejando caer lágrimas emotivas ante «la cueca», la danza nacional.

En cuanto al Coronel Olmedo Alfaro, nada tengo de favorable que anotar de su persona, que carece, por de pronto, de esa gentileza comunicativa que hace simpáticos a los seres. Lo he conocido más detenidamente almorzando, a su lado, en la Legación de su patria. Me pareció un jovenzuelo de fi-

sonomía impertinente que se permitió insinuarme su indignación por no haber recibido—a su parecer—las atenciones que merecía en su carácter de hijo del Presidente Alfaro, que cuenta con toda la simpatía de la Nación chilena. Se alojan en San Martín 340.

Francia.—Ha nombrado Embajador a su Ministro, Monsieur Paul Desprez, premunido de un gran jarrón de «Sèvres» para hacer menos notoria la «falta de esfuerzo».

Guatemala.—Don Luis Toledo Herrarte, lleva un penacho guerrero en la frente. Mechón que flamea con gallardía al viento. Es un hombre inteligente, que ha sido Ministro de su país en Washington y que ha tenido actuación en la cuarta Conferencia Internacional Pan-americana.

Gran Bretaña.—No asiste a festejos con motivo de la muerte de Su Majestad el Rey. Nos visita, sin embargo, un pariente de Lord Cochrane que lleva el mismo nombre. Lo acompaña, día y noche, José Mizón, que se declara de la familia.

Honduras.—Don Luis Lazo Arriaga.

Las delegaciones Centro-americanas alojan en el Palacio Nieto, Avenida Vicuña Mackenna.

Italia.—El Excmo. señor Marqués de Borsarelli es atendido por Daniel Concha y como secretario tiene a Hernán Zañartu. Se alojan en casa del señor Villegas, Agustinas 720.

Japón.—Acredita como Embajador al Marqués Inouyé, hombre distinguido y afable. Lo atiende Ricardo Cox Méndez y se aloja con su séquito en San Ignacio 75, propiedad de don José J. León.

Méjico.—Dos Ministros en idénticas condiciones,

procedimiento extraño y que se presta a disgustos. Nuestros simpáticos amigos señor Beistegui y señora y don Luis G. Pardo y esposa.

El General Legorreta y el Mayor Aquillín completan esa delegación.

Alojan todos en Delicias 78, en que las damas pelean día y noche, por el carruaje, por las piezas, por mil detalles, designándome juez supremo de esas contiendas. Los atiende Alberto Sanfuentes.

Paraguay. —El Ministro de la Guerra Coronel Albino Jara, personaje de quien he hablado ya.

Portugal.—Señor Bothelo.

Panamá.—Acredita a uno de los hombres de mayor prestigio de su país: don Pablo Arosemena. Secretarios: Fabio Arosemena y Alberto Moreno Pérez, y en calidad de adicto, Daniel Lyon. Lo atiende Jorge Phillips Peña.

Espero durante un tiempo largo su llegada y, de súbito, me impongo de que se encuentra, hace tres días, en el hotel Oddó. Me planto el sombrero alto —lo abomino—y marcho a cumplir la obligación de saludarle a nombre del Gobierno.

Mando mi tarjeta y, en el acto, se asoma por la abertura de la puerta una cabeza simpática, delgada, de anciano color café con leche, más café que leche. Me hace entrar con ademanes de cariño y me siento bien en su presencia; mi edad le hace gracia en medio del protocolo. Es sencillo, afable, y usa un sobretodo castaño claro de forma absurda. Sus dos secretarios—el uno flaco, el otro gordo—se colocan a cada lado de él, como candelabros que vigilan un péndulo de adorno, y yo me siento al frente.

Su charla es en extremo interesante, fluídica, fácil, bondadosa: el canal, la obra de EE. UU., Roosevelt, el enojo de Colombia, etc. Sin que se exprese en forma tropical, en actitud sencilla, se comprende la superioridad del personaje, su vasta ilustración y su prodigiosa memoria. Está perfectamente al cabo de cuanto ocurre en el país, de la posición de los partidos. Sus modales finos y las atenciones que me prodiga me confunden. Me siento insignificante y zonzo. Me acompaña hasta el ascensor y envía sus «homenajes» a mi madre, a quien no conoce aún, pero que aprecia ya «a través de su hijo», dice.

Y hé ahí un hecho curiosísimo. Estando en la estación de Llay-Llay, de regreso de las fiestas del vecino puerto, recibe el Señor Arosemena un cable.

Su mano tiembla un poco mientras lee y luego, al notar que algunos rostros ansiosos se dirijen hacia él, en forma interrogativa, comunica su contenido:

Ha sido proclamado Presidente de la República de Panamá por el voto unánime de sus conciudadanos.

Lo dice con calma y sencillez encantadoras, pero se percibe una profunda emoción que no puede disimular.

Lo felicitan ardientemente.

Rusia.—M. Maximov, de quien hablaré más tarde.

San Salvador.—Excmos. señores Don Federico Mejía y don Francisco Martínez, en la misma categoría ambos, de EE. y de P.

Santa Sede.—Monseñor Sibilia, cuya actitud he descrito ya.

Uruguay.—Don Juan Zorrilla de San Martín, don Enrique Rodó y el Comandante Jaime Bravo, llegados a última hora, dando lugar a la ceremonia descrita.

Hé ahí, en globo, los huéspedes que nos visitan, con motivo del glorioso aniversario.

Al tiempo que se encontraba en Valparaíso el Gobierno, tiene lugar en Santiago un acontecimiento importante: la *convención* final que, tras la muerte sucesiva del primer magistrado de la Nación, y del Vice-Presidente, reemplazado por el Excmo. señor Figueroa, designa al primer mandatario en un ambiente de patriótica armonía.

Es—en la vida política chilena—un caso honroso que pone muy en alto el nombre de la República, atestigua la firmeza de sus instituciones y el patriotismo de sus hijos.

La *convención* que debía designar candidato a la primera magistratura, sesionó durante seis días, esto es, del 8 al 14 de Septiembre.—Fué—como lo he manifestado ya—uno de los atractivos fuera de programa, con que halláronse los representantes extranjeros presentes, con motivo del centenario. Las votaciones—en un ambiente de acuerdo y de orden—se hicieron en series de a 10, designando cada partido al ciudadano de su afecto. Votaron los radicales por el señor Mac-Iver, los liberales-democráticos por el señor J. L. Sanfuentes y los Nacionales por don Agustín Edwards. Al sexto día, cuando parecía que la divergencia de opiniones traería consigo el fracaso de la Convención, surgió—en un

impulso espontáneo de patriotismo—el acuerdo conciliador y unánime que elevaba a la Presidencia de la República al ciudadano que supo merecer la confianza del país, sin distinción de partidos. El resultado de la contienda es—repito—altamente honroso, por cuanto constituye—en presencia de los representantes de las naciones del mundo—una prueba elocuente de buen criterio y de respeto a la constitución y a las leyes. La historia habrá de registrar, no lo dudo, este hecho como el más brillante espectáculo con que la República festejó el primer aniversario de su independencia nacional.

Iniciada la convención en condiciones anormales, entablada la lucha en el seno de las asambleas, y en los diversos grupos de que era formada y anhelantes las tendencias encontradas por el triunfo de candidatos antagónicos, no parecía posible ya una solución tranquila y exenta de asperezas.

La batalla era dura, las inclinaciones empeñadas en ella, inarmonizables y en el momento más obscuro, cuando la pesadumbre del ambiente no parecía tener otra solución que el ruidoso estallido de una tormenta inevitable, el criterio superior, el buen sentido de una raza patriota, daba paso, por la unanimidad de los Convencionales reunidos, a la proclamación solemne de don Ramón Barros Luco.

De 427 ciudadanos asistentes a la magnífica asamblea, votan 413 por él, iniciando el movimiento los partidos liberales y plegándose al acuerdo, con generoso asentimiento, los conservadores. Momentos después, trasládase a la residencia del candidato designado, la mesa directiva, acompañada de los señores Balmaceda, Barros Borgoño, Edwards, Cas-

tellón y M. Concha, penetrando breves instantes más tarde al recinto, el futuro Presidente de la República. Atraviesa la sala apaciblemente, acompañado por los señores Mac-Iver y Besa y entre dos filas de Convencionales que lo aplauden sin cesar, con entusiasmo, con aprobación y con invencible simpatía. Diríase que ninguna emoción embargara su espíritu y camina tranquilo, seguro de su personita grande, que va hacia adelante como quien arriba, sin angustias ni nerviosidades, a una meta segura...

Lo contemplo... Su fisonomía no cambia de aspecto, pero se adivina que sonríe en el fondo de su ser... En tanto que en la sala de honor gesticulaban los señores convencionales en busca de soluciones incontrastables, él—sin duda—escobillaba su «colero» con socarrona sonrisa, preparando su entrada triunfal.

El día termina en esa forma, lleno de emociones. Tarde ya, me veo en la obligación de visitar, oficialmente, a un delegado sur-americano llegado con atraso. Me recibe, en su nombre—él ha salido—una señorita pariente muy cercana de su familia.

Me hace pasar a un dormitorio, que todavía se halla en desorden a pesar de la hora, y, al darse cuenta de mi investidura, grita:

—¡Ay, Jesús, Dios mío!

—No importa—señorita—en su presencia todo recinto es de primera.

Digo y... nos sentamos!

Empuja la señorita un sillón hacia mí y, en tanto

que esto ocurre, deslizo una mirada oblicua—como rayo de luz a través de un «vitraux»—sobre un balde que está lleno.

Sufro a veces de sensaciones absurdas, que no puedo evitar y que condeno sin lograr dominarlas... En medio del recipiente mencionado, sobre el agua gris, navega, con un pedazo de caja de fósforo, una redondela espumosa de saliva. Esto me preocupa... Es ridículo, pero es así!

Conversamos... conversamos sobre viajes... Los Andes... ¡Ah, los Andes!

Pienso en que esa espuma habrá caminado ya, como unos tres centímetros, hacia la pared de la gamela—¡Ah, los Andes!—Siempre que no se quede al medio girando, como sucede a veces...

La charla sigue amena, interesante, intelectual, pero mi obsesión me subyuga... Poco habrá de faltar para que—(hablo siempre del trozo de caja y de la espumita—) llegue al fin de la jornada.

—¿Ha leído Ud.—pregunta la señorita—Graziela de Lamartine?

—Sí, lo he leído...

Y entonces en la pared del balde, sin duda, se pegará. Me pregunto, a veces, si soy un fenómeno, o si todos piensan las cosas que imagino sin registrarlas... El hecho es que—después de hablar de literatura, de excursiones y de arte—al levantarme, para marcharme, entre reflexiones y sonrisas—me invade una loca curiosidad de «ver», de cerciorarme, respecto de lo que ha ocurrido en la gamela.

¿Llegó o no llegó la espumita? ¿pegóse o no pegóse? ¿giró al medio y no avanzó más o no giró y

avanzó valientemente? ¿Se diluyó entre las aguas o siguió fiel al pedacito de caja de fósforos?

¡Misterios! Misterio que necesito desvelar...

En tanto que me despido lleno de afables gentileza, miro de soslayo al balde que está lejos;—no veo—me empino, me desespero!

—Mi tío sentirá tanto no haberle visto, señor Introductor...

—Mía es la pena, Mademoiselle.

Sonreímos los dos y aún no me decido a irme por cuanto me asalta una manía...

Si llegó la saliva a la pared del balde, todo irá bien en las fiestas; de lo contrario, será un fracaso. Alzo el cogote...; ¡ya voy a ver!

—Salude a su señora madre..., digo.

—Ha muerto en Barcelona...

—Perdón...

¡Pero he visto, por fin! Llegó a feliz término del viaje la espumita y el pedazo de caja también... Exito completo... ¡Eureka!

---

15 *Septiembre.*

En vista de que don Pablo Arosemena—representante de Panamá—ha salido de Ministro Plenipotenciario del puerto, para llegar a la capital de Presidente de la Nación, lo recibo en la estación en un carruaje—la berlina—que fué de Eugenia de Montijo.

¡Acontecimientos inesperados unos tras otros que hacen de mi protocolo una ensalada rusa!

Reina en la capital delirio exuberante... La gente canta en las calles y vive como en alas de un sueño...

Los diarios estampan en sus pizarras las últimas noticias, y la llegada próxima del Excmo. señor Presidente de la República Argentina, crea en el ámbito una sensación de expectativa nerviosa.

Su Excelencia ya ha pasado la frontera, en viaje feliz. La recepción que se prepara promete ser magnífica: cortejo, escolta, carrozas, picadores, todo está listo para mañana.

Se inicia el día con la conmovedora ceremonia de la bendición de los estandartes que la Inspección General de Instrucción Primaria ha obsequiado a las escuelas, como recuerdo del Centenario. Ante Su Excelencia, el Vice-Presidente de la República, a los pies de la estatua de O'Higgins, cantan el himno nacional diez mil niños; y esas voces de ángeles me sacuden, penetran todas las fibras de mi alma, en tanto que las veo blancas y como premunidas de alas.

A las 10 *A. M.*—Se coloca la primera piedra del coliseo popular; al mismo tiempo me colocan un pisotón en el dedo chico del pié izquierdo.

Habla el Ministro del Interior en tanto que me sobo el meñique y luego el diputado Veas a quien no «veo»... de dolor.

A las 11½.—Llegan de Valparaíso las delegaciones de las marinas extranjeras. Gritería en la calle y ovaciones.

A las 3 *P. M.*—Revista de gimnasia en el Club Hípico. La pierdo por culpa de Monseñor Sibilia que avisa, nuevamente, haber recibido credenciales

de Embajador; pero que, «considerando que ya ha pasado la oportunidad de hacerlo, no las presentará». (Como que no son de Embajador). Aparecen más tarde en un gran sobre perfumado. Están escritas en latín y ésta es la estratagema del Excmo. señor Obispo de Side, pero, como tengo la suerte de no ser tan imbécil como aparezco serlo, prefiero perder un número del programa y cerciorarme de lo que creo ser efectivo. Me encamino, pues, a la Secretaría del Arzobispado, donde, en mi presencia, es traducido el documento. Nuevamente queda establecido que el Excmo. señor no tiene credenciales de Embajador sino de Ministro.

Tengo curiosidad de saber qué es lo que habrá de alegar ahora.

A las 9.—Evito la función de gala en el Teatro Municipal y vago por la ciudad iluminada. La fuerza eléctrica—ya lo he dicho—es insuficiente, pero el efecto de esos millares de luces débiles me agrada y me fascina... Es menos deslumbrante el efecto, pero más cálido, más fundido, más íntimo. Nadie entiende este sentimiento, todos protestan y culpan del fracaso al Gobierno.

El cerro Santa Lucía aparece con esas luciérnagas rojas, verdes, azules, como la visión realizada de un cuento mágico... Las hileras de luminarias, ya como diademas de brillantes o como culebras de fuego, centellean entre las ramas sombrías de los árboles o se escurren por las balaustradas de mármol, por los torreones, perfilándose en la noche.

Arriba, de súbito surgen refulgencias, que parecen castillos en el aire, que flotan, sin base consistente, hechos de piedras preciosas extraídas de las mil y

una noches. De la ciudad asciende un rumor jubiloso: la metrópoli, en fiesta, rememorando las glorias de sus héroes que duermen. De todas partes acuden y se funden las músicas, los cantos y las risas—todos están contentos—y los fuegos artificiales, con un susurro agudo, cruzan el aire, violentamente, en dirección al cielo, como serpientes refulgentes, cuyas cabezas estallaran en una lluvia de estrellas, que, sin fuerzas para alcanzar a las del firmamento, volvieran, con desaliento, hacia la tierra...

Y tras esa súbita explosión de luminarias que se deshace en el aire, brota el inmenso clamoreo del pueblo deslumbrado.

Diríase que no hubiera penas en el mundo, que todos fueran felices, que, en esa noche gloriosa, las lágrimas se hubieran evaporado en las mejillas de los que sufren. Y un sentir generoso y sincero brota súbitamente en mi alma...

¡Oh, llegar allí donde gime un ser que suspira, arrodillarse, en esta noche de gala a su lado, coger sus manos en las mías, susurrarle palabras de consuelo al oído, en tanto que—afuera—redoblan los tambores, flamean al viento las banderas y resuenan las músicas marciales en la atmósfera saturada de clamores y de luces!

---

16 *de Septiembre.*—El jefe del Estado Argentino se encuentra en la capital y no me parece posible hacer una descripción elocuente, al punto de dar una idea fiel de la grandiosidad de la recepción de que ha sido objeto.

La Nación entera ha viajado mentalmente con el Excmo. señor, desde su partida de Buenos Aires, acompañándole ávidamente en las diferentes etapas del trayecto.

El primer saludo con que la delegación chilena recibe al huésped tiene lugar en un punto llamado «Caracoles», en la cumbre de los Andes y vecino al túnel. El General Arístides Pinto Concha, el Contra Almirante don Joaquín Muñoz Hurtado y el señor Carlos Vergara Clark—en nombre del Gobierno—tributan su homenaje al mandatario de la Nación hermana.

Las montañas cubiertas de nieve recién caída, se alzan majestuosas en un cielo vibrante de luz, más azul que una turquesa... Se escuchan palabras altisonantes, como, por ejemplo: tricolor, cordialidad, consorcio, unión, eslabón, fraternidad, amor patrio, etc. La temperatura coloca gotas de cristal en la punta de las narices violáceas; cuando no las recoje a tiempo el pañuelo, dejan de oscilar y se inmovilizan heladas.

Al llegar a los Andes, la luna brilla en un cielo plácido que invita a soñar (sino es la luna la que produce este efecto—es—sin duda—el champaña).

Bandas de música... Discursos... Vivas... El Excmo. señor Figueroa Alcorta mira de soslayo a su distinguida esposa, quien se encuentra ligeramente molesta... Tiene razón... ¡Tanta gritería pone los nervios de punta!

Banquete en los Andes. Patitos suculentos, muy ponderados... pero son gallinas.

Después de la comilona, la comitiva se dirige a los trenes especiales donde habrá de pasar la noche

tranquilamente, en un paraje apartado: «Las Vegas».

Me hace gracia ese cortejo presidencial roncando en sus vagones, soñando con ceremonias enfáticas, en tanto que gimen los intestinos angustiados.

La histórica ciudad de Santiago—que escribe hoy una de sus páginas más bellas—frase que repiten desde hace ocho días—se encuentra profusamente engalanada. La hora fijada para la recepción, en la Estación de los ferrocarriles, es las 11 A. M. Mi jefe y Ministro—don Luis Izquierdo—pluma en mano, lo modifica todo a última hora. No le digo nada porque... tengo miedo. ¡Las cosas francamente!

En diez minutos, todo ha cambiado de ubicación, de aspecto, de forma, y no sé dónde estoy parado, ni sentado tampoco! El Sub secretario—Bernardino Toro, siempre vivo y risueño—deja caer su cabeza entre sus manos crispadas...

Yo pienso con nostalgia en mi infancia, cuando andaba con las rodillas hechas tiras, y los pantalones rotos, jugando a la gallina ciega.

!Nos vamos! El golpe de vista es soberbio. La Alameda de las Delicias se encuentra invadida por un mar de gente... En los andenes alfombrados, embanderados, llenos de plantas se encuentran ya todos los Embajadores, las misiones diversas, los funcionarios públicos. Acompañado de los miembros del Gabinete llega también el Excmo. señor Vice-Presidente de la República, don Emiliano Figueroa.

En un salón contiguo, esperan, a su vez a las señoras argentinas, las damas designadas por el Gobierno. Son casi todas ellas bonitas y elegantes, sobre todo la Sra. Budge de Edwards que—lijera-

mente inquieta por el atraso con que venía—aparece un poco agitada, rosada, divinamente hermosa, más bonita que lo que debe haber estado la Diosa al recibir de manos de «Páris» la manzana.

Un gran rumor hace temblar la gran techumbre férrea, con ruido de campanas y luego un clamoreo delirante, y entra solemnemente el convoy presidencial, empavezado de flores y escudos en tanto que se confunden en uno sólo, los himnos nacionales de Chile y de la Argentina. Diríase que la ciudad entera se irguiera fascinada: repiquetean y cantan con voz sonora los campanarios, llenan el aire las exclamaciones de júbilo en tanto que la artillería prorrumpe en los disparos de ordenanza... Los corazones henchidos desfallecen y la bondad humana se expande: veo semblantes pálidos, labios que tiemblan, ojos que lloran.

El Excmo. señor Figueroa Alcorta está en brazos del Excmo. señor Figueroa Larraín—ambos descubiertos—y un clamor unísono atruena la atmósfera. Hay instantes grandes—sin duda—en que el hombre vive en sincero holocausto a su raza, sin acordarse, mezquinamente, de su individualidad.

Las damas avanzan, a su vez, gentilmente, con los brazos tendidos, sonriendo, y toda la inmensa comitiva se dirije a los carruajes correctamente formados en la plazoleta.

El Presidente chileno ha dicho al Primer magistrado de la Nación amiga:

—Ilustre mandatario argentino: Has llegado a tu patria; el suelo chileno se enorgullece hoy de tener como huésped al gran Presidente de la República hermana.

No falta tampoco la criatura encrespada de falda corta y cintas miravolantes que surje de la muchedumbre para tender su ramo de flores y recitar su verso de bienvenida.

La Comisión encargada de los carruajes trabaja con bríos magníficos. El orden es perfecto, gracias a don Daniel Vial que, papel en mano, grita al medio e imparte órdenes como un capitán a bordo de su nave. Empieza el magnífico desfile. Algunas damas se atolondran... Veo a dos que se disputan, otra discute desde el carruaje de Gobierno con su esposo militar que se encuentra abajo, con botas y espuela y—en su afán—olvida un tanto a la huesped argentina y se sienta encima... No importa... Todo esto entra en la amenidad de la gran fiesta.

El trayecto de la Estación Central, por la Alameda, hasta el Palacio de la Moneda, se lleva a efecto en la forma que sigue:

N.º 1.—Victoria:

Secretario de S. E. el Presidente argentino, don Héctor Peña; pro-secretario, don Jorge M. Coquet; secretario del Presidente de Chile, don Bonifacio Vergara.

N.º 2.—Vis a vis:

Tenientes coroneles don Martín Rodríguez, don Ricardo Pereira Rozas, don Guillermo Torres, sargento mayor don Alvaro G. Pinto.

N.º 3.—Vis a vis:

Coroneles don Ramón Ruiz, don Carlos H. Cigorraga; cirujano doctor don Benjamín Pérez Avendaño.

N.º 4.—Vis a vis:

Capitanes de navío don Juan A. Martín, don Vicente E. Montes; capitán de fragata don Alfredo J. Malbrán.

N.º 5.—Vis a vis:

Coroneles don Issac Oliveira César, don Tomás Vallée, don José F. Uriburu, don Eduardo Broquen.

N.º 6.—Vis a vis:

Coronel don Ramón J. Olmos, don Carlos J. Martínez; teniente coronel don Nabor Córdova; capitán de fragata don Félix Ponsati.

N.º 7.—Victoria:

Dos secretarios privados de S. E. el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina; introductor de diplomáticos don Carlos Morla Lynch.

N.º 8.—Victoria:

Doctor Eduardo Labougle, secretario del Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina; sub-secretario de Relaciones Exteriores, don Bernardino Toro C.

N.º 9.—Vis a vis:

Ministro Plenipotenciario don Carlos Vergara Clark; secretarios de la Legación de la República Argentina en Chile; jefe de la sección diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores, don Fermín Vergara F.

N.º 10.—Vis a vis:

Capitán de navío don Belisario S. Quiroga, jefe de la división naval argentina; capitán de navío don Ramón González Fernández, comandante del «San Martín»; dos ayudantes.

N.º 11.—Victoria:

Don Pedro Figueroa Alcorta, senador don Gonzalo Urrejola.

Diputado nacional argentino don Arturo Bouquet; diputado don Baltasar Villalobos.

N.º 13.—Victoria:

Diputado nacional argentino don Luis Agote; diputado don Luis Serrano.

N.º 14.—Victoria:

Diputado nacional argentino don Juan José Vernaza; diputado don Enrique Zañartu P.

N.º 15.—Victoria:

Diputado nacional argentino don Adrián Escobar; diputado don Enrique Morandé.

N.º 16.—Victoria:

Senador argentino don David Ovejero; senador don Joaquín Figueroa.

N.º 17.—Victoria:

Senador argentino don Pedro A. Echagüe; senador don Carlos Aldunate Solar.

N.º 18.—Victoria:

Senador argentino don Justiniano Posse; senador don Arturo Besa.

N.º 19.—Victoria:

Contralmirantes: don Atilio S. Barilari, don Joaquín Muñoz Hurtado.

N.º 20.—Victoria:

Generales: don Saturnino E. García, don Arístides Pinto Concha.

N.º 21.—Victoria:

Arzobispo de Buenos Aires, doctor Mariano Espinosa; obispo don Miguel Claro.

N.º 22.—Victoria:

Ministro de la Corte Suprema Argentina, doctor

Dámaso Palacio; Ministro de la Corte Suprema de Chile, don Leoncio Rodríguez.

N.º 23.—Caleche de Gobierno:

Presidente de la Corte Suprema argentina, doctor Antonio Bermejo; presidente de la Corte Suprema de Chile, don Enrique Fóster Recabarren.

N.º 24.—Victoria:

Almirante, don Enrique G. Howard; vice-almirante don Jorge Montt.

N.º 25.—Berlina de Gobierno a 4 caballos:

Senador nacional argentino, don Salvador Maciá; presidente del Senado don Luis Antonio Vergara; vice-presidente de la Cámara de Diputados de la República Argentina, don José María Vega; presidente de la Cámara de Diputados, don Ascanio Bascuñán Santa María.

N.º 26.—Victoria:

Señorita Bermejo, señora Juana Ossa de Valdés.

N.º 27.—Vis a vis:

Señoritas Racedo, señora Carolina Valdés de Concha.

N.º 28.—Victoria:

Señorita Figueroa Alcorta; señora María Carmela Blanco de Vergara.

N.º 29.—Victoria:

Señora de Anadón, señora Elena Ross de Tocornal.

N.º 30.—Vis a vis de Gobierno:

Señora de Racedo, señora Luisa Lynch de Gormáz.

N.º 31.—Vis a vis de Gobierno:

Señora de Rodríguez Larreta, señora Olga B. de Edwards.

N.º 32.—Landeau de Gobierno:

Ministro de Guerra de la República Argentina general don Eduardo Racedo; Ministro de Marina, capitán de navío, don Juan Sáenz Valiente; Ministro de Guerra don Carlos Larraín Claro; Ministro de Industria y Obras Públicas, don Fidel Muñoz R.

N.º 33.—Landeau de Gobierno:

Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, don Carlos Rodríguez Larreta; Ministro de la República Argentina en Chile, doctor don Lorenzo Anadón; Ministro de Relaciones Exteriores, don Luis Izquierdo; Ministro de Hacienda, don Carlos Balmaceda.

N.º 34.—Coche de Gobierno a la Daumont:

Señora de Figueroa Alcorta, señora de Figueroa Larraín, señoras de Balmaceda y de Muñoz Rodríguez.

Batidores de Ejército.

N.º 35.—Coche de Gobierno a la Daumont:

S. E. el Presidente de la República Argentina; S. E. el Vice-presidente de la República; edecán de S. E. el Presidente de la República Argentina; edecán de S. E. el Vicepresidente.

N.º 36.—Vis a vis:

Dos edecanes de S. E. el Presidente de la República Argentina; dos edecanes de S. E. el Vice-presidente.

Escolta Presidencial.

Los balcones, los árboles, los faroles, los carros, los tabladillos, todo desborda de gente. El escuadrón de granaderos argentinos y el regimiento de coraceros nacionales escoltan la carroza en que vienen—contínuamente ovacionados—ambos Presiden-

tes. De las ventanas caen lluvias de flores: guirnaldas de rosas y claveles. Forman calle, caballería de lanceros, dragones y húsares, y, a lo largo de la ruta, prorrumpen las bandas de música en himnos marciales, en tanto que presentan armas los regimientos y se alza solemnemente, como una advertencia patriótica, el estandarte. En la plazuela de la Moneda rinden honores a los mandatarios de las dos Naciones la Escuela Militar y el Colegio Militar argentino y por todos lados, confundidos, se agitan millares de banderitas chilenas y argentinas, que luego son prendidas en los ojales de las chaquetas y en el cabello de las chinas, que adoptan—en homenaje a tan magnífica fiesta—un aspecto florido, casi pintoresco.

El desfile es—francamente—hermoso y lucido, sin dejar de ser interesante... Las mujeres son siempre... mujeres... con todos sus deliciosos caprichos y complicaciones. Indignación, mal disimulada, de las que tenían colocación bajo el pescante en los grandes «landaus» y «vis a vis». Se cruzan miradas frenéticas: se aborrecen unas a otras.

Da la nota elegante argentina la distinguida esposa del Ministro de Relaciones Exteriores, rosada, espléndida, tez de porcelana, ojos de luz, vibrantes y azules.

El trayecto—de la Estación a la Moneda—es, repito, lucido y, sobre todo, alegre. Produce una impresión simpática que se exterioriza en aplausos y en las frases que lanzan de los balcones a los carruajes que pasan. Motivo de exclamaciones risueñas es una victoria elegantemente puesta en que van sentados, juntos, como buenos amigos un joven señor,

moreno, elegante, que sonríe, y un caballero más viejo, de rosada tez, contrasta con el bigote y el pelo luminosamente blanco. Es también su figura de noble apostura, simpática, risueña. Se les aplaude cariñosamente.

En efecto es hermoso el espectáculo de los dos adversarios de ayer—don Agustín Edwards y don Juan Luis Sanfuentes—en lucha por la primera Magistratura de la Nación que, terminada solemnemente la lucha—si la hubo—en homenaje a don Ramón Barros Luco—se estrechan la mano, para desfilar «côte a côte» en un mismo carruaje ante el público que, encantado, aplaude.

Llegamos al Palacio de Gobierno. Entre el gentío —ya no se sabe quién es chileno y quién es argentino—me encuentro con un jefe—primero, segundo o tercero—de protocolo de la Nación vecina a quien conocí en mi juventud—quiero decir—niñez: tenía nueve años. Jorge Cabral—que así se llama—es un negrito que se mueve a todos lados, habla, se ríe, goza, desaparece y reaparece, casi a un tiempo, como Frégoli. Nos reconocemos y nos abrazamos con efusión.

La banda de pitos de la Escuela Militar mete un barullo infernal, en tanto que los dos Presidentes —por una fila formada por los jefes del Ejército— penetran a la Mansión del Gobierno.

En el Salón de honor, donde se sitúan los dos «pro-hombres» empiezan a desfilar los visitantes para la presentación oficial.

Cabral—es un buen niño—aparece en todas las puertas, feliz, risueño—como chicha fresca. Me ha-

bla de su situación, de sus condecoraciones y le digo que «sí» a todo.

El grupo de señoras está sofocado, se abanica furiosamente.... La Sra. de Su Excelencia argentina está molesta, enojada. Me fascinan las damas cuando se sulfuran, son más atrayentes y luego.... tan femeninas!

Después de un rato de charla—en que se traspira lo que no hay idea—ambos Magistrados se dirigen a pie—seguidos de una larga comitiva, al Palacio Edwards-Mac Clure, residencia del Excmo. señor Figueroa Alcorta. Y la banda de la Escuela Militar vuelve a tocar sus pitos con énfasis. ¡Es una alegría!

¡La una! El sol resplandece! Por la calle Morandé, los dos Presidentes, seguidos de un bullicioso séquito, se encaminan, pues, a la calle Catedral, frente al Congreso: ventanas donde se asoman racimos de cabezas, unas encima de otras, regimientos—a ambos lados—que rinden honores. De los balcones penden guirnaldas y algunas señoras lanzan ramilletes de rosas y claveles, como en los corsos de flores o fiestas de la colonia. Don Ascanio Bascuñán y don Luis Antonio Vergara—Presidentes de las Cámaras el primero de caracter árabe con turbante; el segundo, Santo Martir pintado por... el Greco...—acompañan a los excelsos personajes. Siguen hileras de funcionarios públicos y representantes extranjeros. Desde la altura debe parecer aquello un nido de hormigas perturbado por el pie de un ocioso.

De nuevo me encuentro con la distinguida esposa del Excmo. Señor Figueroa Alcorta acompañada de su joven hija, delgada y gentil. La noble dama me interesa decididamente. Debe ser «resuelta» y «man-

dona» y no disimula lo que siente. El «Centenario», el barullo, el sol, la gente, los olores, los saludos, las frases amables, tienen— a la gentil señora— «hasta más arriba de los sesos» como se dice expresivamente. La comprendo y le encuentro razón. Salir de su hogar, de su «saloncito» íntimo, dejar todas sus cosas, para venir a desgancharse las mandíbulas a sonrisas mal sentidas, abandonar—en fin—sus comodidades para no llegar a ningún resultado práctico, es lo suficiente para perder la cabeza y la paciencia.

Mi antiguo amigo—él que cambia de ubicación diez veces en menos que canta un gallo; que cree saberlo todo, dirigirlo todo, haberlo descubierto todo—me comunica al oido confidencialmente que «será conveniente evitarle desagrados, por cuanto la interesante dama es en extremo sensible.»

Tengo el honor de serla presentado. Me inclino respetuosomente sobre su mano. La chica sonríe con juvenil alegría.

Es también nuestro huésped el Iltmo. y Rvdmo. Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Espinoza. Se abrazan en el Palacio Arzobispal—donde se le tiene preparado un suntuoso departamento—con Monseñor González. Toda la beatería santiaguina, llora de emoción. Una señora muy conocida y emperifollada de gran familia frondosa, aspecto de hermosísima gallina que avanza noblemente llamando y reuniendo, en torno suyo, a sus polluelos—co co co co co co có—exclama, ante ese abrazo clerical: ¡No estar vivo Velásquez!

Tendría todavía que estar en Chile... y en la Plaza de Armas.

Banquetea a Monseñor esta noche «el Cabildo de Santiago». Asistirán personas de alta situación en el Clero; se entiende que también políticos y ciertos figurones inflados de la aristocracia; esos que andan con vela y capita en las procesiones. Prefiero no escribir aquí lo que pienso porque van dos veces que me roban el cuaderno para leerlo.

Han dejado, por fin, solos a los ilustres viajeros que no han tenido solaz desde ayer. Estoy por creer en lo de los cuerpos gloriosos... a menos que esa abstinencia oficial se consiga con píldoras.

A las cuatro de la tarde el Excmo. señor Figueroa Alcorta recibe a todo el mundo en su Palacio «Edwards».

¡Que afán tan incomprensible de estrechar la mano a los hombres del día, tan sólo por darse el gusto de contarlo después!

Se aglomeran, unos tras otros, con avidez, enloquecidos, empujándose mutuamente para acercarse al primer Magistrado de la Nación Argentina. No obstante, noto a ciertos grupos molestos. Molestos no es la palabra: *cargados* es más gráfico, aunque menos castizo. El honorable Cuerpo Diplomático europeo, por ejemplo. Consideran siempre, estos señores, a la América del Sur como un continente inferior al de ellos. Si se reflexiona en que apenas caben ya en sus territorios exiguos, los millares de habitantes que germinan, como insectos, sobre ellos, en tanto que en América—en las pampas argentinas así como en los bosques del Sur de Chile y en la cordillera andina se pierde la vista en soledades infinitas—indigna esa actitud de orgullo fundado en

una historia que «fué», en tanto que ofrecemos un presente exuberante y un porvenir luminoso.

El gran banquete presidencial—conforme al programa—se lleva a efecto a las 8½. Ya de frac—pero en la convicción que paso desapercibido, con mi colocación en una de las puntas, y formando parte de los «metteur en scéne»—me deslizo por la puertecita de servicio y desaparezco.

¡Ya no puedo más! Huyo por las calles, junto a los muros, como un ratero, y con la dudosa idea de que llevo un sombrero equivocado en la cabeza que, poco a poco, va descendiendo hacia mi nariz doblando mis orejas. Al pasar frente a la Galería San Carlos siento un gran rumor, ruido de aplausos y luego una voz vibrante que prosigue:

«...levanto—pues—mi copa por el digno Presidente del Club Militar», etc...

Me tapo los oídos y un deseo loco de correr se apodera de mí, de correr hasta que no encuentre luces para sumirme en las tinieblas, en las santas tinieblas reconfortantes, descansadoras.

Mientras trepo a mi cama un rumor se eleva de la calle y crece: incendio, revolución o terremoto... me digo.

Paseo nocturno con antorchas que dejan, tras de sí, una lluvia de chispas semejantes a gruesas luciérnagas rojas.

Vergüenza da anotar una cosa como la que sigue, pero culpa de ella tiene, sin duda, mi juventud.

Apenas me hallo cinco minutos descansando en la

frescura del lecho, surge en mi mente el recuerdo del baile que ofrece esta noche al Excmo. Señor Figueroa Alcorta don Enrique Concha y Toro. Es la única nota que—dentro de su magnificencia—no tiene aspecto oficial. Es una fiesta social que habrá de ser maravillosa, sin duda.

El cambio repentino de escenario y de ambiente produce, a veces, los más extraordinarios efectos y despierta las más intensas emociones. Hé ahí lo que sentí al penetrar al palacio Morisco de los Caracoles. A media noche, hora en que llegaron los Excmos. señores, era aquello una visión espléndida, maravillosa, de las mil y una noche es que no tenía nada que envidiarle a los fastuosos saraos de Aladino o de Ali Babá.

Y luego la belleza de las mujeres... empezando por la dueña de casa, armónica y sabiamente ataviada, como una reina del oriente, en ese recinto bizantino.

---

17 *de Septiembre* 1910.

Un nuevo día y un nuevo programa. Se inicia con la colocación de una primera piedra. Se trata del monumento al Ministro Zenteno, en la Alameda, frente a la calle de Riquelme. Habla el Ministro de Guerra —Carlos Larraín Claro—que se impone al público, antes de hablar, por su figura simpática, exenta de rebuscamientos falsos. Relata la vida y los hechos del recordado padre de la patria.

Luego sube a la tribuna el diputado argentino, doctor Adrián Escobar... Es un conquistador, y di-

ríase, mientras habla, que fuera desenvolviendo una guirnalda de flores. Todas las muchachas lo miran y él sonríe sin turbarse ni interrumpir su discurso. Cuando desciende, nuevamente, las criaturas de dieciocho a veintitrés años tienen, para él, suspiros de «regret»: ay... ay... quien pudiera...

A medida que pasan los días creo ver a los delegados que empalidecen y sus dedos levemente acarician sus barrigas: dolores inciertos, dispepsias, reumatismos, ligeras insinuaciones de cólicos e ictericias: las comilonas, pues.

La debilidad en que se hallan los hace estar más sensibles; hoy lloraron varios en la colocación de la primera piedra mencionada, entre otros el general Racedo, Ministro de Guerra de la vecina República.

Pasa desapercibida, para mí, la Inauguración de la Exposición de Bellas Artes, así como el monumento erigido por la Colonia Francesa frente al Palacio del Parque Forestal, tan ocupado estoy en la organización de la gran sesión solemne del Congreso que tendrá lugar a las 4 P. M. Voy y vuelvo de uno a otro lado, contando con buenas voluntades aisladas. Del Congreso a la Moneda, y vice versa, poco me falta para acarrear yo mismo con las sillas. No digo nada. Es todo aquello natural y humano; sólo hay una celebración de esa índole—el centenario—y la gente anda loca.

Al pasar por Estado esquina Huérfanos se arremolina un enorme gentío. La policía se encuentra incapaz de retenerlo por cuanto invade las aceras y las calzadas. Pregunto, extrañado, a qué obedece esa aglomeración extraordinaria ante la cual se de-

tiene el tráfico y resultan impotentes hasta los «pase libres» para los Embajadores.

¡¡Inauguración de los grandes almacenes de «Gath y Chaves»!! He allí—para vergüenza de nuestro escaso mundo y cultura—el motivo de este fenomenal barullo, tan solo comparable, en amplitud, a la propia llegada del Excmo. señor Figueroa Alcorta.

La gran ceremonia del Congreso tiene lugar con los preámbulos de costumbre: cuatro veces más invitados que los que caben y un descomunal desorden provocado por los mismos asistentes—los unos campechanos y tranquilos, los otros exigentes y refunfuñadores y los más, egoístas e impertinentes: codazos y empujones a diestra y siniestra. El golpe de vista es—no obstante—soberbio, impresionante —me atrevo a decir, aunque abomino esta palabra, *colosal*. Su Excelencia, el Presidente de la Nación argentina ocupa, con el Excmo. señor Figueroa Larraín, la mesa de honor, en el fondo. Los embajadores se hallan en sus respectivos asientos, resplandecientes de oro y más ataviados de placas, medallas y cruces que la Mater dolorosa.

Me preocupa un poco la colocación que habré de fijarle a don Pablo Arosemena, delegado de Panamá que—en la estación de Llay-Llay—se impuso, por un telegrama, que había sido proclamado primer magistrado de su país. El mismo—al llegar al Congreso—se acerca a mí y me pide que le permita permanecer con sus colegas. ¡Que fácil es manifestarse, simpático, exento de complicaciones!

No pierde el señor Arosemena—*el Excmo. señor Arosemena*—un ápice de su elevado rango con esa actitud asumida que lo levanta aún más a los ojos

de todos. Comparo, en silencio—mientras, en puntillas, para no meter ruido, se dirije a su asiento—ese modo de ser al adoptado por Monseñor Sibilia que pretende representar a Su Santidad e indirectamente a Dios!

Un cuchicheo surje tras de mí. Las damas extranjeras y sus acompañantas...La Sra. de Rodríguez Larreta está deslumbrante y hermosa. Es la única que no se fatiga aún. De la comitiva argentina hay una respetable matrona, madre de muchachas fascinadoras, que duerme francamente. Me gusta su decisión. Iba a observarla cuando un rumor—como disputa de pajarillos o de gallitos de la pasión—distrae mi atención a otro lado.

La distinguida y simpática esposa del Excmo. señor Figueroa Alcorta se ha puesto nerviosa y debe haberle dado un soberano pellizco a su hija, por cuanto la chica—violácea de indignación—y logrando a duras penas contener su ira—sujeta, entre sus dedos crispados, el brazo herido, lanzando chispas y asumiendo una actitud de gato en grifado.

Mientras tanto los Congresales de todas las Naciones, pronuncian su discurso, movidos por un íntimo anhelo de maravillar el mundo.

Pequeños altercados interrumpen a estos fastuosos señores...Cornelio Saavedra, gordo, blanco, limpio, fresco, protesta violentamente por la escasez de sillas. —Los diputados chilenos están de pié, exclama.

—¡Hagan pararse a los huéspedes y tomen sus asientos Uds.! Será una innovación, declaro.

—Ud. es un impertinente, dice.

Habla el señor Presidente del Senado...por lo menos abre la boca, consecutivamente, y la vuelve

a cerrar, luego es casi seguro que habla, que está hablando.

¡Aplausos! Habla don José R. Gutiérrez. Hablan Sanginés y Ascarunz, ilustres bolivianos. Un incidente, en que figura un vaso de agua que nadie le quiere llevar a un señor que está ronco, que hace perder la parte esencial de estos discursos.

El florido diputado argentino Adrián Escobar, no está inscrito para hablar, pero hablará porque... quiere hacerlo y todo está arreglado para que se le ofrezca la palabra.

Ya empiezan las de «dieciocho» a «veintitrés» a suspirar. ¡¡Enamoradas!!

Le ven—sin duda—vestido de trovador, o de Príncipe medioeval—especie de Romeo que canta a los pies del balcón en tanto que la damisela abre su ventana con sigilosa y romántica prudencia.

Su improvisación es—quien puede negárselo—triunfante: es un prado de esmalte, una guirnalda florida, una noche de luna, un paseo en bote, un canto de guitarra, un ramo de Quillota. Le aplauden frenéticamente...

Ya han hecho uso de la palabra los nombrados, mas el venerable patricio, don Vicente Reyes, que infunde un respeto hondo y sincero y el señor Maciá, en nombre del Senado argentino—con afecto profundo que creo verdadero. Don Vicente habla con lenta solemnidad, sobriamente, tranquilo y sereno como un apóstol. Fusiona con la América latina la fiesta chilena, sin olvidar a la madre patria *«en cuyo regazo hemos recibido la savia de las cualidades distintivas de su noble raza»*. El señor Maciá más solemne, trae el voto del Congreso de la Na-

ción vecina. «*Traemos*—dice—*el sentimiento argentino que palpita al otro lado de los Andes y, fiel intérprete*—agrega—*os lo transmito: hemos sentido por vosotros admiración y respeto.*»

Se ha puesto de pié—por fin—el delegado del Uruguay, don Enrique Rodó, cuya figura sombría—a pesar de sus cabellos rojizos—creo haber descrito, con motivo de su llegada. No sé que hechizo atesora este hombre en su envoltura opaca, que hace la impresión de insensibilidad, de embotadura, de falta de sonoridad. Al hablar diríase que se hubiera rajado en dos—ante Ali Babá, a la voz del «Sésamo»—la roca austera que acumulaba en su seno tesoros infinitos, el destello de piedras preciosas, el centelleo deslumbrante del oro, las armonías de una acústica innarrable, los rayos del sol proveniente de una inmensa e invisible portada abierta sobre el cielo...

En alguna parte habrán de quedar inmortalizados ese río exuberante de palabras mágicas, de frases luminosas que fluyen de sus labios y que luego inundan el recinto como en ondas áureas... La indiferencia que reinaba, hasta cierto punto, en el ámbito, da paso a una atención unánime, a una subyugación de todos los presentes, a una fuerza emotiva que invade la amplia sala en todos sus confines. Al rumor de voces, al desorden irremediable, se sucede un silencio espontáneo que me atrevería a considerar «religioso»... Nadie habla, todos escuchan y la voz inspirada poco a poco se eleva, crece, se amplifica, se dilata hasta tomar posesión definitiva del recinto. No se oye—en el ambiente arrobado—sino ella, como si hubiera un solo hombre en el gran salón de honor cuyas columnas—a su vez—

parecen meditabundas. Le veo un instante erguido al frente de su asiento, inmóvil, con sus anteojos que brillan, dando vuelta con lentitud su cuerpo a uno y otro lado, para dirigirse a todos los presentes, a la multitud que él domina. Sin saber por qué, cierro los ojos con el mismo impulso con que se pliegan los párpados para embeberse y penetrar más intensamente una obra de Wagner. No es una comparación la que pretendo hacer—no sería oportuna—pero pienso en que algo parecido a lo que ocurre en este instante debió ser lo que emanaba del Cristo cuando hablaba a la faz del mundo envuelto en su aureola refulgente. No sé si lo que digo está a la altura de la atmósfera en que supo envolverse mientras habló. El día que yo quiera revivir el sortilegio de su palabra, el día que yo desee, nuevamente, atarme como un esclavo al carro de su elocuencia, buscaré el discurso que habrá—repito—de ser conservado, con todos los que han sido pronunciados durante las fiestas centenarias. Su improvisación—habló de memoria—me ha producido la sensación de una ópera de Wagner—«Los maestros cantores» o «Lohengrin» y comprendo que una elocuencia de esa índole debe anhelar hablar en un Templo, en un recinto diverso al de hoy, tal como lo soñó el gran músico para su «Parcifal» que posiblemente no oiremos nunca por cuanto sólo puede darse en el teatro construido para esa obra por el Rey de Baviera.

Contemplo a Rodó bajo otro aspecto y, al estrechar su mano, despues de la audición, me siento avergonzado, no sé por qué. Quizá es porque surje en mi mente el recuerdo de su recibimiento oficial en el «coupé» de don Juan Cuestas y el carruaje par-

ticular de mi familia. Pero el sortilegio que lo iluminaba, en tanto que hablaba, se ha esfumado y hélo ahí—nuevamente—mudo, embotado, insensible y exento de sonoridad.

Ha terminado la sesión y la gente se precipita a los salones donde va a ser servido un té. Se respira.

La señora argentina—que dormía—anda de un lado para otro, confundida, dominada por el vértigo que produce el calor, la gente, el remolino de seres. La observo. Es un barco sin timón, que ha perdido todo control sobre sí mismo. No le importa—en este momento—nada, ni la etiqueta, ni el protocolo, ni la educación, ni la elegancia. Ha perdido—digo—el timón y nada le importa! No sabe dónde va, ni lo que se va a hacer con ella, ni qué otro calvario se sigue al que acaba de terminar! Su sombrero se tambalea, no se levanta el traje, lo pisan—nada, digo, le importa. Una señora chilena, de la comisión, hace esfuerzos inhumanos para dirigirla, la lleva, la retiene, la encamina al «buffet». La pobre dama pone fisonomía de aflicción y, por fin, revienta:

Déjeme tranquila—señora—exclama a su obsecuente acompañante que se empederniza en atenderla—déjeme tranquila que ya no puedo más! ¡Estoy loca! Jamás he sentido más calor que hoy, más sofocación, más cansancio y jamás, tampoco me han dolido más los piés que hoy!

Veo pasar al Excmo. Señor Figueroa Alcorta que lleva del brazo a la esposa del Presidente del Senado...Joven, fresca—«la beautée du diablé»—no disimula su contento. El—pobre hombre—arrastra los piés, sin fuerza ya para ser amable, ni para decir cosas...que nada dicen.

Y de súbito, al ver de nuevo, a la señora «que ha perdido el timón» comprendo lo absurdo de todo, la farsa imbécil en que estamos empeñados, que costará un ojo de la cara al país, en tanto que hay gente que sufre hambre... ¡¡ouf!!

Asisto en la noche—¿cómo lo llamaré?—al banquete— banquetazo— banquetón —o banquetonazo—que ofrece el Excmo. señor Vice Presidente a todas las delegaciones reunidas. Para que pudiera llevarse a efecto en el Palacio de la Moneda, ha sido menester, cubrir uno de los grandes patios del edificio de Gobierno y formar un salón enorme, donde cupiera todo el mundo. Soñé anoche que todo se venía abajo y que morían así—hechos «charquicán» —gloriosamente abrazados, los representantes de todas las Naciones reunidos: Figueroa Alcorta, Figueroa Larraín, Monseñor Espinoza, catedráticos, poetas, diplomáticos, tribunos, etc., etc., etc.

A las ocho y media está toda la concurrencia sentada. El aspecto es imponente pero... se me antoja que el piso cruje. Las banderas de todas las naciones, enlazadas, los uniformes, los escudos, las bandas de colores diversos y las decoraciones, producen un efecto deslumbrante. Arrancan de la mesa de honor otras seis largas mesas colocadas en filas laterales. En la primera toman asiento los Presidentes y los Embajadores.

Tengo la sensación de pertenecer a un gran cuadro célebre que representa una comilona que ofrecían no sé que «bárbaros» de la historia a unos Embajadores del oriente: la misma atmósfera suculenta, las mismas luminarias confundidoras.

Entre los marinos y militares se destaca Lord Cochrane, el biznieto del fundador de la Armada Nacional. Luce el uniforme de la guardia escocesa del Rey. Lo acompaña—como creo haberlo dicho ya—un amable joven de la sociedad chilena cuya apostura hace creer a muchos que él es el biznieto del ilustre marino, o que son dos Lord Cochranes los que nos visitan!

Con la copa de champaña en la mano potente, el Excmo. Señor Figueroa Larraín da lectura a un magistral discurso de ofrecimiento. La pieza oratoria es ovacionada largo rato y es considerada el mejor «speech», pronunciado hasta aquí. El señor Vice-Presidente agradece sonriendo los aplausos y se soba, levemente, la «barriga» de satisfacción. Jamás—repito—ha podido hallarse un hombre más en su sitio que en el presente caso. Las circunstancias han querido que sea *él* quien represente la primera magistratura, en una época tan *única* y *extraordinaria* como la presente y desempeña su papel—no diré con discreción o con tacto—con talento, con verdadero talento y tino artístico, por cuanto el rol es en extremo complejo, difícil y lleno de «nuances» (digamos «matices») que exijen el más delicado de los tinos y el más sutil de los «savoir faire»! Desfilan antorchas en llamas bajo las ventanas de la plazuela de la Moneda.

Nos dirigimos al Club Santiago, donde se lleva a efecto un gran baile. Las damas y jóvenes muchachas, llaman la atención por su hermosura, y los viejos Embajadores se extasían—en las puertas—adosados contra los muros—ante esos brazos, esas espaldas, esos escotes de mármol.

El día ha sido, pues, completo. En tanto que el Excmo. Señor Figueroa Alcorta festejaba con un almuerzo, en su residencia, a un grupo de caballeros, se llevaba en el Club de la Unión un banquete en honor del señor Angel Gallardo, catedrático argentino, en el que don Guillermo Subercaseaux pronunció un hermoso cuanto interesante discurso.

Mientras atravesamos las calles, notamos que la iluminación se halla más taciturna que nunca... La fiesta del Club asume un carácter de animación y de elegancia magnífica. Las damas llevan «toilette» de «restaurant», escote y sombrero. Me dejo caer en un sillón, transido, y, por poco, no me quedo dormido.

A las doce resuena un violento cañonazo que es luego seguido de un vasto y delirante clamoreo que se extiende a través de la ciudad. Las campanas repiquetean sonoras, cantan en ondas claras y se confunden en la atmósfera primaveral! El nuevo día entra y el siglo de vida libre que festejamos, se cumple gloriosamente. Flotan un instante, ante mi vista, las sombras de los que se han ido, esos padres de la patria que ofrecieran su vida y su sangre—¡todo!—para legarnos una patria grande...

En tanto que siguen cantando las campanas, despertando a las palomas que se cobijan en los campanarios, y a los pocos seres que hoy duermen, siento que se han humedecido mis ojos, siento que amo a mi patria y siento que atesoro en mi alma impulsos, anhelos, ansias de servirla sincera y desinteresadamente.

¡Hacerla más grande, más grande todavía!

¡Siempre más y más grande!

18 *de Septiembre.*

Siempre azul el cielo. En la mañana deberíase hacer todo; es la hora de las grandes creaciones, de los grandes «envolés».

Me he levantado temprano para presenciar el desfile histórico—entrada a la capital del Ejército patriota después de la batalla de Maipú. Todo fué estudiado con esmero y la «mise en scene», como podríamos decir, se debe a los conocimientos profundos y prolijos esfuerzos del capitán Merino. No me doy bien cuenta de la impresión que puede haber producido el curioso espectáculo. Las emociones se sucedían en mi alma en forma discordante. Ganas de llorar y ganas de reirse, a un tiempo. Sensaciones de epopeya y sentimientos de circo. Luego aparecían «directores» del desfile en uniforme moderno, lo que producía una falta de armonía desagradable, imposible de describir...

Los regimientos aparecen por la calle Bascuñán Guerrero y el primer impulso es sacarse el sombrero e inclinar la frente ante esa evocación sugestiva de la historia patria.

Las preceden un regimiento que lleva el uniforme de hoy... Cae el primer efecto, con esta nota antiestética.

Abre gentilmente el cortejo el organizador del desfile acompañado de un oficial «del general San Martín» y luego hileras de granaderos a pie... La forman cadetes de la Escuela Militar y de Sub oficiales. Brillan los rostros juveniles de esa mucha-

chada en que corre sangre patriota y que lleva el uniforme de los viejos tercios de la época: casaca azul y colorada, pantalón oscuro azul y rojo y gran morrión de cordones rojos que penden, como aros, al lado de las orejas.

En vez de aplausos la multitud, sobre todo el pueblo, se siente arrobado y un silencio plana en la atmósfera en tanto que siguen desfilando los largos fusiles de bayonetas, de batería de infantería custodiada por soldados de sables arqueados. Tiembla el suelo al paso de los pesados cañones cincelados, cuya belleza histórica y nativa pierden un poco de su interés por culpa de los atalajes que los arrastran, modernos y brillantes.

Sigo de atrás el cortejo, con el pueblo, contento de sentirme libre e ignorado. Frente a la Estatua de San Martín—en la Alameda—presentan armas el Colegio militar argentino, correctamente formado a los pies del monumento.

Alcanzo apenas a presenciar la colocación de la primera piedra del Monumento a la Independencia frente a la Entrada del Parque Cousiño. Se encuentran presentes ambos Presidentes, todos los Ministros y delegaciones extranjeras, lo que da al acto una importancia y solemnidad grandiosa, extraordinaria! Aplausos, himnos nacionales, aclamaciones, etc. El discurso está a cargo—en esta ocasión—(a cada cual su turno) de Rodríguez Laireta, el Ministro de Relaciones Exteriores Argentino. Tiene hermosa figura, noble apostura, elegancia natural y... un punto de coquetería conquistadora con las señoras. Mientras habla, lo contempla con ternura su distinguida esposa; sonríe sola, sus ojos azules

brillan y sus mejillas sonrosadas se iluminan... La hermosa dama gana aún más en su devoción.

A veces ocurre—cuando hay mucha gente—que las personas creen pasar inadvertidas: están solas, solas consigo mismo, sin «pose» ni pretensión. Se rasgan la cabeza a una piedra, ponen caras bobas o ríen solas... Pero pasa que—en la multitud—hay un ser que, por uno u otro motivo, observa... y ése no lo pasa mal, coje a la persona distraída en toda su espontaneidad sincera.

La Sra. Marcó du Pont de Rodríguez Larreta es bella, aún cuando se olvida que lo es, cuando sólo mira a su marido que desempeña gran rol brillante... ¡Qué pensará en este instante!

Nuestro Ministro Luis Izquierdo subyuga—como está acostumbrado a hacerlo cuando habla—a la concurrencia. He vertido en las páginas de mi libro toda la emoción que me produce cuando se alza de su asiento para hacer uso de la palabra. Tiene el dón—como los grandes actores—de apropiarse del público que, luego, lo escucha anhelante, dominado por su elocuencia.

Un gran coro entona los himnos nacionales de Chile y Argentina después de los discursos, en tanto que el sol de medio día proyecta sus rayos, en todas direcciones, como una custodia tendida en el cielo.

Hablan aún varios militares y, a solicitud de Su Excelencia el Vice-Presidente de la República—todo arreglado naturalmente—sube frondosamente a la tribuna el noble obispo, don Ramón Angel Jara.

«Sube a la tribuna en nombre de su deber, por « la fuerza de su patriotismo, obedeciendo al Man- « dato de los más altos magistrados de Chile y de « la Argentina.»

Al pronunciar estas palabras diríase que una nube cubriera el sol; es su amplia alma de seda moaré que ondula como tres banderas juntas. Sus brazos se estiran hacia adelante como quien nada, se abren en cruz, se alzan hacia el cielo: gimnástica maravillosa!

Pero su elocuencia—hay que reconocerlo—arroba, levanta, sugestiona...Diríase también, que fuéramos a volar todos en un soplo delirante. Las modulaciones infinitas de su voz llena, electriza—ya canta, ya llora, ya manda, ya arenga, ya gime, ya aplaude, ya grita—en tanto que los brazos y las manos evolucionan con elegancia—se crispan sobre el corazón, se levanta el dedo profeta en dirección al sol, para luego dirigirse al horizonte, como una escopeta; se unen las manos en actitud oratoria, y luego cojen los pliegues de la amplia talma con donaire, me atrevería a decir «con chic», la que empieza a flamear como en la danza de la serpentina.

«No buscaré ideas porque no las necesito—excla- « ma—me basta traer el corazón caldeado por el « amor a la patria!»

Desciende, por fin, de la tribuna con amplia satisfacción y recibe con modesto orgullo los parabienes que se le prodigan. Ha dado la nota decorativa y me apresuro a felicitarle con sincero afecto...Es un hombre excelente, bondadoso, seguro de sí mismo, dueño de lo que le pertenece...y que no acepta que le besen la esposa!

De la Moneda al Palacio Edwards y del Palacio Edwards—acompañando a ambos Presidentes—nos dirigimos al Templo Metropolitano para el «Te Deum».

Los «Te Deum» y las «Honras Fúnebres» son—de las ceremonias del Protocolo—las que más molestias me dan. Se salen enojadísimos de la iglesia los jueces, los Ministros de la Corte, los Internuncios, faltan sillas, y hay—además—que luchar, el día antes, durante los arreglos, con todas las beatas y los curas que se encuentran en el templo.

Tengo curiosidad de saber lo que hará hoy Monseñor Sibilia—si aceptará el asiento fijado (el mismo que motivó su éxodo de la nave) si provocará otro barullo como el anterior o si se quedará en su casa.

Ya está lleno el templo. En filas laterales que se prolongan hasta el altar, tomando asiento los Embajadores, delegaciones, altos funcionarios y en el fondo, a la entrada, ambos Presidentes. He colocado a continuación de los Ministros de Estado al Ministro de la Guerra del Paraguay, Albino Jara, Coronel del Ejército. Detona en su alta colocación. Parece un «milico» insignificante de baja esfera. Se permite mirar, a uno y otro lado, con una impertinencia que me da grima. Me saluda...Supiera él lo que pienso. Siguen despues los ocho Embajadores por orden de antigüedad: Borsarelli (Italia); White (E. E. U. U.); Inouyé (Japón); von Sfull (Alemania); Desprez (Francia); Arcos (España); Da Gama (Brasil) y Pinilla (Bolivia).

Aparece Monseñor Sibilia y—creyendo producir un gran efecto—se coloca entre los sacerdotes del

altar mayor...por no dar su brazo a torcer, como se dice. Humildad cristiana!

Otro personaje, cuya colocación me preocupa, es don Ramón Barros Luco, Presidente electo de la República.

Un susurro de simpatía se eleva cuando aparece.

Le ofrezco el primer asiento anterior al que ocupa el Presidente de la Corte Suprema. Cuando la ceremonia no tiene lugar en una iglesia, grandes aplausos saludan su llegada.

No parece que los oyera y actúa como si no fueran para él. Avanza lentamente, con su bastón con cacha de oro entre los dedos, que le da no sé qué aspecto doctoral.

Al señalarle su asiento, me dice con humildad:

—Yo no soy nada...En cualquiera parte.

Concluída la ceremonia, el desorden se inicia. Imposible conseguir calma para el desfile. Avanzan todos como ovejas, a topetones; sólo falta que se encaramen unos encima de otros. Sonrío con íntimo furor hacia ellos, implorándoles seguir la fila. Es como hablar con postes.

Diviso al Marqués de Borsarelli que mira de reojo al Coronel Albino Jara, del Paraguay, que ha tenido a su lado durante el Te Deum. Lo contempla como quien huele algo sospechoso.

En la calle el desorden es mayúsculo, tan grande, que me produce agrado.

Un buen desorden tiene su gracia. Se pierden la ubicación, la voluntad, el libre albedrío, la dirección, y hasta la cartera. A uno lo empujan en el oleaje, lo llevan en alto, lo levantan, se avanza sin

mover los pies y de pronto toca uno carnes blandas, etc., etc.

¡Colosal!

El Cuerpo Diplomático no logra salir de la Catedral e, involuntariamente, pienso en la tragedia que sería el Incendio de la Compañía. Ambos Presidentes esperan en la calle, en medio del estiércol de los caballos. He perdido mi sombrero y—no sé por qué —tengo otro en la mano que no es mío. Me confunde la fisonomía desesperada del Ministro argentino, don Lorenzo Anadón. El pobre caballero pierde un kilo por día: está más viejo, más chico y más pelado. Lo he visto gemir, en los pasillos de la Moneda, implorando las listas de los invitados, de los que deberán hablar, etc., para transmitirlas a Buenos Aires, sin lograr orientarse. El Secretario de la Legación —en pugna con él—se divierte en hacerlo transpirar, como dice.

¡Ah, vida ésta! Si valdrá la pena agitarse tanto para todo lo que pasa hoy, cuando dentro de veinte años o menos, nadie se acordará, sino en globo, de lo que ocurrió entonces.

Mi amigo de antaño—en su elemento—surge, se pierde y resurge de la multitud, sonriendo, o más bien dicho, riendo a mandíbula batiente, y con el pecho cubierto de condecoraciones que suenan... Las malas lenguas dicen que las arrienda. ¡Nada más simpático!

Al verme preocupado ante el descomunal barullo, me dice, con gentileza, que no me preocupe mayormente:

—Vieras tú—exclama—las ceremonias oficiales en

Buenos Aires. Son peores que aquí...sobre todo cuando me toca a mí dirigirlas.

Se sirve un «lunch» en la Moneda. Una turba de jovenzuelos de la Nación vecina pululan por todos lados. Los ubico inmediatamente....Es la polilla que se agrega a última hora a las grandes comitivas oficiales, lo mismo que ocurre en Chile y en todas partes.

Solicitan afanosamente medallitas y placas conmemorativas...«Han de ser de las de oro».

Agotada mi paciencia, declaro que «no las hay».

—En Buenos Aires las había a destajo, me responden.

—En Chile se acaban, declaro.

Ya fatigado asisto al «Garden Party» del Cerro Santa Lucía, que ofrece la Municipalidad.

Ríos de gente suben y bajan por avenidas y senderos. En la Plaza Pedro Valdivia se sirve un gran «buffet» oficial, bastante restrinjido. Tarjetas especiales dan acceso a ese recinto reservado y, colocados en la entrada—para evitar abusos—hay dos muchachos del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Ignacio—uno de ellos—compañero regordete, cumple su misión con fe y conciencia. Lo siento gritar!

Una ola humana se propone violar la consigna, con o sin derecho. Se forma un remolino, un señor insulta a otro, resuena un bastonazo, luego una granizada de trompones. Batalla campal.

El digno espectáculo es presenciado por quienes no están metidos en la pelea con alegría indescriptible. Los espectadores se desternillan de la risa. Diviso a mi amigo, compañero del Ministerio, que, morado y jadeante, defiende siempre la entrada.

Dejo mi puesto de Introductor de Diplomáticos en la silla y me precipito en su auxilio. Llueven los puñetazos, los puntapiés, los pellizcos y me siento con más de un cototo en la cabeza.

Algunos espectadores baten las manos, chillan, infunden valor a los combatientes, como se anima a los perros o a los gallos en la pelea.

Arriba—donde por fin llego anhelante—tomo colocación al lado de la chica Figueroa Alcorta que es afectuosa conmigo y que me regala bondadosamente la rosa que llevaba sobre el pecho.

El discurso—entre las arboledas y al frente de la ciudad que se extiende envuelta en una ligera bruma—está a cargo del Señor Alcalde. Ya los confundo a todos, el tema—demasiado igual siempre—cansa, tanto más que nos repiten lo que ya hemos oído mil veces.

Y aún queda—para hoy—la función de gala en el Teatro Municipal, que presenta un golpe de vista magnífico. Los palcos presidenciales desbordan de brillantes uniformes y de escotes perfumados. Las canciones nacionales producen una ovación delirante.

La galería trepidante está repleta y los rotitos—como siempre—lanzan sus frases chispeantes de sabor único.

Gruñe, en mi estómago, un salpicón que me comí en el cerro.

No hay fiesta ni iluminación que valga ante las angustias estomacales.

¡Ah, las acideces!

---

19 y 20 *de Septiembre* 1910.

Resucita el duque de Arcos—digno Embajador de la madre patria—para inaugurar el monumento, ofrendado por la colonia, y que representa al inmortal Ercilla.

Ya andan colocando piedras y placas desde las 9 A. M. y repitiendo los discursos.

El Ejército Argentino colocó esta mañana un escudo en la tumba de O'Higgins, haciendo uso de la palabra un general chileno y otro de la Nación vecina.

Placer produce ver un monumento terminado. En cambio esas «colocaciones de primeras piedras» infiltran en mi alma—creo haberlo dicho ya—una sensación de duda y el secreto temor de que el enorme adoquín ante el cual se habla, y se hacen mil genuflexiones—será *primero* y *último!*

El Duque, al leer su discurso, que sostiene en su mano quijotesca, me produce el mismo efecto de Rey de cuento de hada o de aparición nocturna en Castillo encantado.

Habla también el Ministro Carlos Balmaceda y un señor de la Colonia Española. Ese «prominente miembro» pronuncia un discurso de una puerilidad tal, de un candor infantil tan exquisito que es otro esfuerzo—fuera de programa—el de aguantar la tentación general de tenderse en el suelo a reirse. Pero —nuevamente—se pone seria la concurrencia ante la palabra serena y honda de don Juan A. Barriga —otro tribuno que, al estilo de Rodó—domina al

auditorio y lo aprisiona por la fuerza del imán de su oratoria.

Y, en vista de que la fiesta no tiene visos de terminar, me dirijo en automóvil al hospital del Salvador, donde se efectúa una sencilla ceremonia.

Las damas argentinas, acompañadas de toda su corte de damas de honor chilenas y del Ministro señor Lorenzo Anadón, atraviesan lentamente las salas y ese recuerdo a los que sufren, a los que, inválidos e inmovilizados, sienten llegar el rumor de la fiesta hasta sus lechos, tiene su generosidad conmovedora.

La Señora de Su Excelencia el Presidente argentino—modestamente—entrega a la madre superiora la cuantiosa limosna dedicada a los enfermos desvalidos, y sor Leonidas se inclina levemente murmurando frases de gratitud. Sus manos blancas tiemblan, sus labios pálidos y sus párpados semi-plegados también, en tanto que la comitiva penetra a la capilla santa. Tendrá esta nota todo lo que se quiera de «fastuo» y de «comedia», como lo afirman los eternos descontentos, pero el hecho es que llega al corazón y, de ahí, se infiltra al alma. Han pensado en ellos.. y «ahí» está todo! Don Ventura Blanco, con ademanes de ternura, agradece, desde las gradas de la capilla, la ofrenda y termina allí la conmovedora ceremonia, reconfortante y fresca, en medio del ambiente caldeado de ambiciones y vanidades!

En tanto que el Excmo. señor Figueroa Alcorta invita a almorzar a diversas personalidades a su residencia, el Ministro de la Guerra Larraín Claro—buen amigo ya de todos sus colegas argentinos, des-

de el Ministro hasta los cadetes del Colegio Militar —ofrece un banquete al general Racedo.

El Presidente Argentino da hoy un elegantísimo almuerzo a las damas designadas para atender a las señoras de la Nación amiga.

En el hermoso salón se hallan reunidas todas, elegantísimas, interesantes, buenas mozas: un precioso ramo, que deja muy en alto el nombre de la mujer chilena.

El Primer magistrado de la Nación amiga se alza de su asiento y le ofrece galantemente el brazo a la señora Luisa Lynch de Gormaz, atraviesa el riquísimo hall, y el desfile que deja a su paso un vaho sutil a iris, rosa y violeta, penetra al suntuoso y muy bien puesto comedor.

La señora de Gormaz—a la derecha del Excmo. señor Figueroa Alcorta—agradece la atención del distinguido caballero, quien le manifiesta el imperecedero recuerdo que ha dejado en Buenos Aires su distinción y belleza así como el talento de su esposo, en su carácter de representante de Chile, don Carlos Morla Vicuña.

He escrito todo esto así, en tono solemne, y luego he dejado las páginas por allí, para que las vean y las comenten. Las recopio en mi cuaderno para recuerdo.

Me sulfura ver que sólo en Chile—repito y repitiré siempre—olvidan a mi padre—a mi pobre papá, que trabajó su vida entera para el país y...en nombre de otros, para que jamás se acuerden de su nombre en los momentos en que un deber histórico obliga a hacerlo. Bien merece la mujer que lo acompañó siempre, en la buena como en la mala fortuna, ha-

cerle el honor al Presidente Argentino, que se encuentra en Chile, de darle el lado de su noble corazón...para quedar a su derecha.

Bajo la servilleta, encuentran las damas, cada una, como regalo, una valiosa alhaja. Esa gentileza argentina es muy celebrada—como se comprenderá —por las agraciadas. No puedo dejar de criticar un poquito—nada más que un poquitito—la forma— «debajo de la servilleta»—: no me complace. Luego los agradecimientos en coro, ahí, en la mesa, ponen a las damas en situación difícil.

No encuentro «bien trouvé» la manera de ofrecer la joya.

Un ramo de orquídeas y el broche para prenderlo, ¿no habrían sido más oportunos?

Halagadora—para nuestro amor propio y prestigio—ha sido la Revista Militar que tuvo lugar en el Parque Cousiño y que mereció verse por su amplitud y número. El día gris dió a la fiesta menos brillo, pero más «confort».

Al son de los clarines penetraron a la elipse los carruajes de Gobierno a la Daumont. Nuevamente sentí henchido el pecho de satisfacción íntima y de amor patrio.

No quiero dejar de anotar la impresión simpática que dejaron los «Boy Scouts» con su banda de pitos. A la cabeza, marchando firme, iba el doctor Alcibíades Vicencio, su creador y Presidente, y al ser visto, llamáronlo los Presidentes de Chile y de la Argentina, tributándole un cariñoso aplauso que

agradeció, ese hombre excelente, con una emoción que no podía disimular!

El programa va siendo grosero y no hay necesidad de asesinar a la gente en esa forma—asesinar, repito—sin darle tregua para tenderse un rato, rascarse donde le pica y aliviarse un momento.

A las 5 P. M., matinée en el Club de la Unión, que debió ser preciosa, a los ojos de quien tuvo la fuerza suficiente de mirar. Me tendí en un sofá y pensé en mi cama con pasión...¡ésa es la palabra!

Logré comer un pastelillo y me mordí la lengua —en forma alarmante—porque ya no sé dónde la tengo. La señora de Rodríguez Larreta es una heroína encantadora; no ha perdido fiesta; en todas partes aparece elegantísima y sonriente y se le celebra verla llegar después de la Revista y de las Carreras a la Matinée del Club cuando ofrece su marido y ella, esta noche, el banquete al Ministro de Relaciones Exteriores chileno.

El arreglo del Club es cautivador, un bosque de duraznos y almendros en flor, bajo los cuales bailan las parejas.

Veo pasar—como un celaje—a don Emiliano Figueroa en dirección al Palacio Edwards, donde el otro Figueroa le ofrece un banquete. Es para la risa, cosa de niños que juegan...con ganas de decirse, de súbito, mutuamente:

—¿Quieren que no juguemos más?

Llego al Club Santiago llamado por Cabral y Paravicini—secretario argentino—para que les ayude —¡por caridad!—a organizar el banquete del señor

Rodríguez Larreta. Son las 9 y no hay nada hecho. Cada vez que Paravicini se encuentra con su jefe, se muestran los dientes y gruñen...Los salones—arriba—están llenos de una brillante concurrencia.

Las 9½, las 10, las 10½, las 11.

El Excmo. señor Cuadra aparece lívido. Tiramos las tarjetas de ubicación a la suerte. Se acabó el protocolo en la Argentina!

Aparece la señora Marcó de Pont de Rodríguez Larreta, y al ver las tarjetas que vuelan de un lado a otro, abre sus hermosas manos de hada, en un ademán de hondo desconsuelo.

—¡Que bajen, que bajen, grita Cabral!

Aparece—muerta de hambre—la elegantísima concurrencia y el resultado de la colocación, en la forma descrita, produce su efecto.

Los Senadores después de los Municipales, los attachés antes que los Embajadores y, por fin, Anadón—el Ministro Argentino—en la mesa del «pelejo», donde el mayor de los asistentes tendrá 18 años. Los muchachos y las chiquillas se tiran migas de pan en tanto que el señor Ministro con toda razón—se muerde los labios para no insultar a Paravicini—el Secretario que, desde otro extremo, lo contempla con cara de «chicha fresca», como se dice.

Y en tanto que el Cerro Santa Lucía despide en todas direcciones fuegos artificiales, nos dirigimos al baile que ofrece—en el Palacio Edwards—el Presidente Argentino.

Ya lo digo: es para matar a cualquiera!

Es una fiesta que resulta curiosa. ¡Unica!

La iluminación se descompone, las lámparas pier-

den en fulgor, amenazan apagarse; crecen y se amenguan las llamaradas, encandelillando a todo el mundo y—por fin—tras varios relampagueos, se desvanecen por completo y definitivamente. La música—que tocaba un valse—pierde el compás, y se adivina que las parejas que bailaban se han ido de cabeza. Cuchicheos, tentación de risa, empujones, y «cataplum» porrazo de alguno que tropieza con una silla, arrastrando a otros!

De pronto aparecen los candelabros traidos en toda clase de manos. Los primeros en llegar son de plata, luego de bronce, después de dormitorio, en seguida son legiones de palmatorias y, por fin, botellas en cuyos orificios se han clavado velas. La fiesta, iluminada así—como en época de la colonia—da margen a escenas encantadoras, a los matices más tenues, a los coloridos más suaves y acariciadores.

En el muro corren sombras, siluetas, figurines, y hay quien se divierte a proyectar gatos, perros y aves confeccionadas con las manos sobre el muro.

Diviso a gente que reposa en el fondo de amplios sillones y descubro a la señora—que perdió el timón ayer en el Congreso—que duerme con unción. Su pecho sube y baja, como un fuelle.

Según el parecer de algunos: ¡Es un fracaso y una vergüenza nacional!

Según otros: Es lo mejor del Centenario.

Yo...yo estoy sentado en un rinconcito con ella...

.....

Me he acostado muerto—como se dice—anoche, recomendando, sin embargo, que se me despertara temprano para asistir a la ceremonia del Monumento

a O'Higgins. Un cortejo estrambótico trota por mi pobre cabeza y, en el instante en que me remece el mozo, cumpliendo la orden, sueño en la colocación de una piedra. Me la colocan a mi, precisamente en parte anti-estética y, en vista de la cómica pesadilla, despierto alegre y contento.

Pobre librito mío. Se me ocurre que puedas estar hastiado ya de tan monótona descripción.

Piensa cómo lo estaré yo y cómo se regocijarán —desde el cielo—nuestros inolvidables Presidentes que tan a tiempo se fueron para «sacarle el cuerpo» a la inhumana fiesta.

Regimientos, estandartes, tamboreos en torno de la placa que habrá de aplicarse al monumento. Como lo ves—libro mío—no era piedra esta vez, como lo vi en sueño, sino *placa!*

—*Señores:* etc.

Una voz resuena. Es el primer alcalde interino con voz llena.

—Señores: etc.

Otra voz: la del Coronel Gutiérrez.

Bernardo O'Higgins, en tanto, engrifado sobre su corcel brioso, tan engrifado como él, tiene el ademán de arremeter en contra de todos los presentes con impaciencia incontenible.

No alcanzo a llegar a la plaza Colón donde se inaugura la estatua—una de las más hermosas—ofrecida por la Colonia Italiana.

Pero a las 12 M. estoy listo para asistir al gran almuerzo ofrecido en honor de todas las delegaciones, en el Club Hípico, en medio de la gran elipse, bajo carpas improvisadas que dejan a la vista las montañas maravillosas, nevadas, y a pleno sol. El

ramaje, la luz, la belleza del paraje hará, sin duda, olvidar el protocolo que anda un poco a la diabla. Junto al Presidente, don Carlos Campino, y en la comisión designada distribuímos a los personajes que van llegando.

Me toca el asiento al frente del Coronel Albino Jara, el Ministro de la Guerra del Paraguay. Este personaje me obsesiona. No sé—por fin—si me interesa o nó, pero el hecho es que me produce malestar y no puedo menos de mirarle. El pobre no hace nada de extraordinario, pero hay algo de poco «elevado» en su persona y un «tupé» indescriptible en todos sus ademanes. Tiene no sé qué aspecto de «mayordomo» que—insolentado—se hubiera colocado el uniforme de su patrón. Da miedo verlo comer y destrozar las presas...

El Duque de Arcos aparece—con gran sorpresa. Su figura no es «para la luz» es, ya lo he dicho, para las sombras misteriosas de un Castillo, entre armas viejas y brocatos. Sin hablar con nadie, casi acostado en su silla, se entretiene en hacer bolitas con migas de pan. Tiene más de veinte en torno de su plato y sigue...

Me siento bien en el recinto, amplio y hermoso. Se ven ya, a lo lejos, correr los caballitos.

Ofrece la manifestación el Presidente Campino, con sombría distinción y responde afablemente un buen amigo nuestro, caballero a las derechas, el coronel argentino, señor Uriburu.

Hablan muchos, unos tras otros, ensalzando esa guerra gloriosa de las naciones nuevas por su libertad, y pienso, de súbito, en nuestra madre patria que nos ha dado la raza, el idioma, y esa hidalguía

española de que nos enorgullecemos tanto. Y como si hubiera corrido mi pobre pensamiento o, más bien dicho, como si de allá hubiera venido hasta mí, se yergue de su asiento el joven parlamentario Arturo Alessandri.

Con la servilleta en la mano, sincero y fogoso, formula el homenaje a la noble España. Mirando a la cordillera nevada que se alza, allá, majestuosa, como para hacer que hablen de ella, no pronuncia el discurso sino que lo lanza en un clamor de entusiasmo, con lágrimas de gratitud en la voz. No sé lo que dice, ni cuáles son sus frases, pero su elocuencia y el tema despierta sentires hondos en mi alma y siento mis ojos que se humedecen...

Todo el mundo se ha puesto de pie en homenaje a España y al viejo Duque, que nos trae el saludo de Su Majestad el Rey. Pero es más fuerte que yo; en un arrebato espontáneo, corro hacia el señor Alessandri y le digo:

—Vea Ud. mis ojos colorados, y comprenderá la fuerza emotiva que ha emanado de sus palabras.

Me siento despues, infantil, pueril—niño chico—de haber hecho esto, pero, enseguida, el mismo Arturo Alessandri me obliga a no lamentar mi ademán. Me abraza con paternal afecto, murmurando:

—No sabes el bien que me haces con lo que me has dicho...¡haberte hecho llorar, Carlitos! me reconforta.

Tienen lugar—en seguida—las grandes carreras, desbordantes de alegría y de elegancia.

En casa, en la tarde, encuentro reunidas, en el hall familiar las damas argentinas. Mi madre las ha invitado a «descansar», a tomar una taza de té

tranquilamente, sin música, sin nada que obligue a moverse, sin charla en caso que se pueda...

¡Que ha de poderse! Cotorrean como en una jaula de loros!

Y otro banquete en la noche en el Club Santiago, el Ministro de Relaciones de Chile al de la República Argentina. Y ahora que escribo, extenuado, dos días de fiestas a un tiempo, las fechas se me confunden, no sé ya cuál de esos dos banquetes idénticos fué el 19 y cuál el 20.

Alguien ha cambiado las tarjetas—para estar al «lado de un compadre» sin duda,— y veo trotar, en tornode la mesa, amarillo de rabia, la patilla erizada y las manos regordetas tremulentas, a un Senador que habían colocado entre tenientes. ¡Qué crimen!

Y termina la noche en la Legación Argentina, recinto reducido para contener tan inmenso gentío. El calor es sofocante y el cansancio general. Y esto es humano. Ya a nadie le importa nada, ni el centenario.

Todo lo que se desea es que esto se acabe luego. Su Excelencia, el Presidente Argentino, está desplomado en una silla—sin fuerzas para «estrechar más los lazos de cordialidad». Sus párpados tienden a plegarse «malgré lui» en tanto que la banda, medio torcida, está puesta—si no es que yo también estoy mal—al revés. Su expresión es de angustia, de hombre vencido que no puede más con su cuerpo.

Se exponen a salir de allí en camilla. La fiesta contemplada, desde ese punto de vista, no deja de tener su interés.

Veo pasar al Señor Anadón, flaco, chico, aplastado aún bajo el peso de su «mesa del pellejo», que arras-

tra a damas exuberantes de pechos palpitantes y la sensación de los planetas grandes, aniquilando a los aerolitos, aparece en mi mente. Paravicini, el secretario, lo saca fuera de tino con su presencia y se dirigen miradas desquiciadoras.

Para remate, se produce, a la salida, la confusión más colosal que es dable imaginar. Nadie encuentra lo suyo, y ese pequeño drama tiene lugar en un cuartucho que está bajo la escalera. El espíri u de «conservación», es decir, de conservar lo que a cada cual pertenece, ha llenado la piececilla. Y es una lucha a empujones.

Diviso a la señora Figueroa Alcorta, exasperada. Me lanzo hacia ella.

No entiende de nada ya...y tiene razón. Arroja las capas todas, unas tras otras en el suelo, y pellizca a la chica simpática. Me ofrezco.

—¿Le ayudo, señora?

—No me hable, por favor, que lo agradeceré... me responde.

¡Cómo la comprendo!

---

21 Septiembre 1910.

Un día maravilloso para ellos... y para muchos. Regresan a Buenos Aires a tenderse, a descansar, a dormir tranquilo por fin y desahogar, en paz, sus estómagos inflados.

Misma recepción que la anterior en la Moneda, pero de despedida esta vez... La Escuela Militar y el Colegio Argentino... La banda de pitos... Solemne

adiós y canciones nacionales... Ambas Excelencias sonríen jovialmente—se quieren hoy más que nunca, a la hora en que se van a dejar en paz los dos. No disimulan su júbilo los excelentes Figueroas... Por otro lado diviso al obispo orador—que ha banqueteado a Monseñor Espinoza—que lo despide—a su vez—afectuosamente. No sé en qué veo como que, inconscientemente, lo empuja, como que «lo corre» echándole viento con la gran capa morada. También van a descansar... ¡qué diablo!

En medio del orden más perfecto, debido a la organización de Daniel Vial, se pone el desfile en marcha—en la misma forma—hacia la estación. Daniel Vial ha sido—para mi modo de ver—una de las figuras del Centenario. Su obra consistió en mantener el orden de los carruajes, etc. Hoy lo he visto dirigiendo el desfile, de regreso, en medio de la calle, como un policial, gritando...

—¡Sube aquí, Manuel! ...¡Tú acá, Aníbal! don Juan Luis!!...No te demores, Carlos!!...¡¡¡Ya!!! Adelante!!

¡Magnífico y simpático!

Cabral me entrega una cigarrera de plata y una fosforera igual... en nombre del Excmo. señor Figueroa Alcorta. Diríase que hubiera—si es cierto que es él quien me lo manda—adivinado mi afición por la hípica. Representa el dibujo esmaltado encima un Steeplechase accidentado. Cabral—es pluma—se encarga de contar el cuento y de mostrársela a todo el mundo.

—¿Vió Ud., señor, el regalo que le acaba de hacer S. E. a Carlitos?

En la estación un numeroso gentío se agolpa al

rededor del tren especial. Vivas... Gritería... Música... pizotones... codazos...

Los Presidentes aparecen.

¡¡¡Vivaaaaaaaa!!!

En medio de infernal barullo, ambos magistrados caen en brazos, uno del otro, visiblemente emocionados, en tanto que bandas de música y salvas atruenan el aire.

El señor Figueroa Alcorta ha subido a la plataforma, al lado del señor Rodríguez Larreta, su Ministro. Por las ventanas se asoman todas las cabezas de la comitiva: la cabeza gentil de la señorita Figueroa Alcorta y de las hijas del General Racedo y del señor Bermejo, Presidente de la Suprema Corte.

Un prolongado silbido resuena y el convoy se pone en marcha, la locomotora bomita humo, los fierros se estremecen, las guirnaldas se balancean y las ruedas empiezan a girar lentamente.

Un ¡¡¡hurra!!! inmenso, formidable, espontáneo, como nacido de una sola garganta potente, llena la atmósfera y queda vibrando, por largo rato, en el armazón de fierro de la Estación. Las bandas de música rompen, de nuevo, con el himno de Yungay, y multitudes de manos, sombreros y pañuelos se agitan. Los dos Presidentes—uno en el andén, el otro de pie en la plataforma—permanecen inclinados, descubiertos, con el sombrero en la mano y una fuerza emotiva, amplia y profunda, emana de todas partes en este instante inolvidable de solemnidad que invade las almas y penetra en las honduras infinitas del corazón...

De pronto—mientras agito mi sombrero—una rosa cae dentro de él y veo a la chica Figueroa Al-

corta que sonríe diciéndome ¡adiós! con la mano... Me inflo como una tórtola de campanario...

La mañana, no por esto ha sido menos agitada. Concurso hípico a las 9 A. M.—A las 10: Inauguración del Monumento levantado por la Colonia suiza y a las 12 M., Almuerzo de los Ministros de la Guerra, chilenos y argentinos.

En la noche, fiesta bomberil en el Club Hípico. En medio de inmensas fogatas evolucionan sombras negras: visión del infierno!

Y olvido la inauguración del Palacio de Bellas Artes, esta mañana en que recitaron himnos y poemas patriotas, don Luis Cordero, representante del Ecuador, y Zorrilla de San Martín, el poeta uruguayo.

El Embajador yankee, Mr. White, ofrece un banquete, en el Club Santiago, al Ministro de Relaciones Exteriores en que pronuncia un notable discurso, profundamente halagador para los chilenos. En él se refiere—más que a las fiestas—a la elección presidencial que se llevó a efecto, después de tantas vicisitudes y desgracias, en medio del mayor orden y conforme a la Constitución política: prueba de la solidez orgánica de la República.

Conservo los recuerdos más felices de la Gran Nación Americana, de mi estadía en la Universidad de «Georgetown» y esos días de patinaje en el «Potomac» a los pies de Washington. Pero a veces, dudo de la intención íntima de esa famosa doctrina Monroe tan dúctil y compleja. Luego me ha desilusionado la actitud violenta asumida, poco há, con motivo de la cuestión «Alsop», en que había algo de: «¡O lo haces o te pego!» en que no se ve sino el derecho del fuerte que finge dulzura mientras no le conviene mostrar los dientes..

Puedo equivocarme, pero..

---

24 Septiembre.

Respiramos.. Voy al Ministerio a charlar con mis compañeros, a relatarles los incidentes de ese Centenario que—a Dios gracias—ya pasó: las ceremonias, los banquetes, los trayectos en la «berlina», el carruaje de gala, estrecho e incómodo en que se forma una ensalada de piernas imposible de describir. Recuerdo que una vez creí, durante todo el camino, que la pierna de un secretario, sentado a mi lado, era la mía. Al mover la que me pertenecía fué, para mí, la mayor de las sorpresas ver que no se inmutaba.. la que creía mía! Imposible explicar esa emoción.

¡Imposible!

Esta noche, banquete ofrecido al Ministro por el Embajador de Bolivia.

---

25 Septiembre.

El Embajador del Japón ofrece su banquete al Ministro. Estoy seriamente enfermo del estómago.

---

26 de Septiembre.

No puedo explicar la felicidad que siento después de las fiestas: alivio, satisfacción, descanso. Las oficinas de Relaciones Exteriores son una delicia, reina el más afectuoso de los compañerismos. En mi sala trabaja conmigo un joven Cruchaga que irá lejos por su concentración al estudio. Es mucho menor que yo y—no obstante—lo siento, íntimamente, muy superior a mí, lo que hace que mi alma lo respete. También me inspira afecto.. Es un santo del misticismo y lo embromo sin que se moleste nunca! Silencioso, retraído, no parece oir las lesuras que le digo. Tiene algo de dulzura en los ojos: son color lago en día nublado «cuando hay un poco de viento»..

En la noche, la Sociedad de Santiago le ofrece un lindo banquete al Embajador Da Gama, al cual asisten las damas más bonitas y aristocráticas.

Fué una manera fina de hacer olvidar al Brasil las muy involuntarias peripecias del «lunch de Valparaíso»..

Da Gama, siempre gentil y afable, fué «*choyé*», como dicen los franceses, por las señoras..

Ha sido el mejor banquete del Centenario.

Al presentar sus cartas de retiro, en circunstancias de que cruzábamos la Alameda en el carruaje de gala, un grupo de niños que salían de la escuela lanzaron un grito estentóreo de: ¡Viva la Argentina!

Da Gama, siempre comprensivo, sonrió levemente ante ese error infantil. Es, sin duda, un hombre dotado de un raro talento y de una extraordinaria simpatía. Al llegar a su alojamiento, encontramos sobre la mesa la tradicional botella de champaña rodeada de copas, como gallina rodeada de sus polluelos. Da Gama se desabotona un poco el uniforme opresor y me ofrece un cigarrillo golpeándome afectuosamente la espalda.

—Póngase a sus anchas, mi amigo, me dice. La etiqueta ha quedado afuera y.. no la vamos a dejar entrar. Es dama muy fatigosa y poco sincera. Estire las piernas, prosigue, ponga los codos sobre la mesa, así, y con toda libertad recuéstese en este sillón. No tome Ud. champaña—créame amigo mío—estropea el estómago y enciende la cabeza. En cambio, vamos a beber agua de vichy exquisita y fresca.. Le voy a dar también una manzana, la fruta sana por excelencia, deliciosa y perfumada.

Y ante esa actitud bondadosa, reconfortante en medio del ambiente protocolar y árido de esos días fatigosos, siento húmedos mis ojos.

Más tarde, al despedir en la estación al distinguido diplomático, nos abrazamos con efusión sincera y mientras se aleja el tren con gran rumor de hierros y campanas, veo, a través del vidrio, su mano que

se agita hacia mí... Y del fondo de mi alma emerge lentamente hasta mi pecho una nostalgia .. «Partir c'est mourir un peu».

——

27 Septiembre.
Banquete a la Misión Boliviana.

——

28 Septiembre.

Todo el mundo descansa. En el Ministerio: después del bullicio, la calma. He observado durante una media hora—como tonto—al Subsecretario. «C'est un bon petit garçon», dijo alguien de él y es una definición exacta. Ni flaco, ni gordo, ni alto, ni bajo .. es armónico. Fuma. A veces me ofrece un cigarrillo .. otras veces no. En todo rostro humano se refleja la figura de un animal... dice Guy de Maupassant. Si hubiera de ubicar al Subsecretario, sería sin duda entre los gallos, no esas aves graves y fornidas que se pasean con ademanes señoriales en el gallinero, sino el gallito de la pasión, fino y movible, vivaz y cantor!

Observo que no tiene ninguna imaginación y poca fantasía .. pero en cambio debe ser práctico, muy práctico. En la sola «hablada» hoy, por teléfono, salta a la vista esta virtud. La conversación tenía lugar con un señor—propietario de la casa en que vive, sin duda — y se refería a un asunto de desagüe.

Con voz clara le decía «claridades»! Conseguía todo lo que deseaba a fuerza de dorar la píldora sin abandonar la energía necesaria al caso. ¡Admirable!

Septiembre 12.

Hoy se inician los festejos oficiales. La ciudad amanece embanderada y el pabellón chileno flamea en consorcio con todas las banderas del mundo. La inmensa fiesta está en todas partes, en la calle como en los lugares, en los parajes públicos como en las casas extranjeras.

En cumplimiento a la orden que me diera el señor Ministro, mi jefe, me he dirigido personalmente a cada una de las damas designadas para tomar parte activa en el programa, a fin de comunicarles su nombramiento oficial.

Tras especial esmero en la confección de mi toilette, penetro al coche puesto a mi disposición, y me lanzo a cumplir la grata misión que me ha sido encomendada.

Todas ellas me reciben con fina gentileza y graciosa amabilidad, se informan del protocolo que habrán de seguir y disimulan mal la satisfacción que experimentan ante la elección recaída sobre ellas.

En dicha designación, muy acertada, sin duda, el señor Ministro ha incurrido en un comprensible olvido, muy perdonable si se toma en cuenta la inmensa confusión que debe reinar en su cerebro. Me refiero a la no figuración, en la lista indicada, de la única esposa de Ministro de Estado, que se encuentra ser la señora del Ministro de Hacienda. Contemplando el asunto bajo otro punto de vista, el sólo hecho de serlo le da títulos de sobra para estar a la cabeza de todas las damas nombradas, sin necesidad de que su nombre aparezca en el decreto.

Va tomando el Centenario y las fiestas, con todas sus historietas, un colorido de la Corte de Versalles, bajo el reinado de Luis XV.

Haré notar esta tarde al señor Ministro la involuntaria omisión (si la hay) y todo quedará arreglado en un dos por tres!

¡He llegado encantado de mis visitas!

¡Bella obra la de Dios, al idear a la mujer! Ellas crean los ambientes, los hacen suyos, le dan colorido a todo lo que las rodea, infundiendo carácter, «esprit», «cachet»! Son, sin duda, seres encantadores, inimitables en sus caprichos, deliciosos en sus adorables defectos y sus almas son, moralmente hablando, intangibles. De todas las categorías en que se coloca esta exquisita creación del cielo, la que me cautiva es precisamente la que he frecuentado hoy, es decir: «la grande dame», perteneciente al gran

mundo, distinguida, irreprochable, tan ilustrada y fina como elegante y graciosa, femenina antes que nada en la acepción más elevada de la palabra, dueña de ese hechizo incomparable que infunde, a un tiempo, encanto y respeto. Ejemplos recogidos hoy en el cumplimiento de mi cometido: las señoras Budge de Edwards y Ross de Tocornal.

En el tibio saloncito, de luz atenuada, donde penetro, todo lo que se ve, todo lo que se admira, todo lo que vaga de apenas perceptible en la atmósfera sutil, emana de ellas: los bálsamos, las flores, los cojines en el suelo, que se reflejan en el parqué brillante y en cuyos brocatos áureos se hunden suavemente los pies delgados «enguantados» en zapatillas de satín, los grandes espejos Luis XVI, las delicadas porcelanas de Saxe, todo, he dicho, refulge entibiado por la luz de sus almas amables.

Mi gira, pues, en orden a un deber de protocolo, ha sido, de mis obligaciones, la más placentera e interesante. No era la visita banal—el pago social de una atención recibida;—era la visita de un amigo—funcionario público, revestido de su carácter oficial,—que traía consigo una misión, sin duda, agradable.

Tuve ocasión—y no la desperdicié por cierto—de hacer breves estudios respecto a la mujer de calidad en su hogar tranquilo y llegué a las siguientes conclusiones indiscutibles:

1.° Se puede ser elegante, aficionada a las bellezas del lujo (un arte también) sin, por esto, ser frívola.

2.° Se puede ser mundana, adepta al baile y a

todos los placeres inocentes que forman la vida social, y ser, al mismo tiempo, una excelente madre y una no menos excelente esposa.

3.° Me atrevería aún a declarar que la «mamá» que no cocina, que no anda el día entero con las llaves de la despensa en el bolsillo, que luce, por el contrario, manos blancas siempre, y uñas nacaradas, y que a toda hora aparece, ante sus pequeñuelos, nimbada por una aureola conservadora de la ilusión, es más venerada y quizá más querida por sus hijos que la que asume una actitud a la inversa.

A mí me gusta la mujer en su pedestal de diosa y no en la cacerola de cobre y estimo que puede dirigir y mandar en su casa, lo mismo, o mejor, con un ramo de orquídeas en la mano que con un cucharón de palo embetunado de almíbar!

¡Cuestión de apreciación!

He avanzado, estos últimos días, por esas calles, como en un sueño, acariciado por el soplo de las banderas, que se cruzan de un lado a otro, y que flamean gloriosamente en la más límpida de las atmósferas. Se vive ligero, extraordinariamente de prisa, y yo, desde día atrás, me he acostumbrado a correr: ya no se anda!

Por un lado las fiestas, la próxima llegada del Presidente argentino; por otro, las sesiones de la Convención presidencial. Los Excelentísimos señores Embajadores no se cansan de aplaudir la maravillosa precisión con que ha funcionado la máquina constitucional: todo ha corrido sobre rieles, sin un entorpecimiento, sin un percance del engranaje. A pesar del orden con que funcionan las sesiones, la

situación no se aclara y aunque se mantienen, en sus puestos Edwards y Sanfuentes, el candidato de transacción se impone.

Las once de la mañana.

Todos los balcones de la Moneda están ampliamente abiertos y desbordantes de espectadores... En la plazoleta, don Diego Portales, envuelto en los pliegues de su amplia talma de bronce, parece a su vez ansioso, mientras su mirada penetra hondamente a través de la puerta abierta del viejo e histórico edificio.

Se espera, de un momento a otro, la aparición del Colegio Militar Argentino que habrá de desfilar en breve bajo las ventanas de Su Excelencia el Vice-Presidente de la República!

¡Ya vienen!

Un movimiento de nerviosa expectación recorre la hilera de balcones y la muchedumbre, estacionada en la plazoleta, prorrumpe en una prolongada salva de aplausos. La columna de muchachos aparece y, marchando correctamente, avanza en dirección a la Moneda. Al pasar frente al Excmo. señor don Emiliano Figueroa, una orden de «comando» se deja sentir y la fila entera, como un solo hombre, dirige una mirada intensa hacia el primer Magistrado de la Nación chilena.

Es el saludo de los cadetes militares de la República amiga.

Al atravesar las calles de la capital chilena, las muchachas, desde las ventanas, han arrojado pu-

ñados de flores sobre ellos, y, mientras pasan, advierto, rezagados sobre sus uniformes, uno que otro pétalo de rosa.

Son las 12.20. En la puerta del palacio, el jefe militar argentino, coronel Cornelio Gutiérrez, se detiene y sube la escala, que hace cien años ascendieron San Martín y O'Higgins. Penetra al salón de honor, donde lo esperan Su Excelencia y Ministros y en la puerta desenvaina la espada.

De la plazoleta se eleva un vibrante clamoreo.

A las 2½.

Presentación de credenciales de todas las Misiones Especiales. He reunido en el salón que da a la plazoleta de la Moneda—separado del gran salon de honor por el vestíbulo—a todos los representantes, cuyos uniformes brillan y dan al recinto un aspecto deslumbrante.

Organizamos la ceremonia. El señor Ministro, mi jefe, no está de buen humor. Noto que me empuja... Su Excelencia—si no me equivoco—descubre la pequeña escena—y, sonriendo, me cierra un ojo.

¡Qué simpático es!

Todo está listo. En el gran salón dorado, aguardan el primer Magistrado de la Nación, sus Ministros y los Edecanes. Empieza el desfile de las delegaciones, una por una, por orden de precedencia, atravesando el vestíbulo y penetrando al recinto donde se encuentra el Excmo. señor Vicepresidente.

Los anuncio en voz alta y en seguida hago las pre-

sentaciones de estilo, tras de lo cual se retiran al fondo de la sala para dar lugar a los que vienen después.

El pequeño «hall», que separa a ambos salones, está lleno de periodistas y de un público curioso; comprensivo y armado de buena voluntad, murmuro, mientras pasamos, la nacionalidad de las Misiones que acompaño.

El gran salón de honor está lleno y el orden con que se ha llevado a efecto la ceremonia ha sido perfecto.

El señor Ministro ha reaccionado. Está contento y ya no me empuja, muy por el contrario, sonríe afablemente y me habla de mi infancia cuando me conoció en el Japón...

Las Geishas... ¡Ah las Geishas!

Todas las Misiones han presentado sus credenciales, menos las Embajadas de Brasil, España y Bolivia, que lo harán mañana, de prisa, antes que se ausente Su Excelencia a Valparaíso, donde presenciará la revista de la escuadra nacional y buques de guerra extranjeros.

Me preocupa también el atraso de la delegación uruguaya y si no llega mañana temprano, no veo cuándo podrá ser recibida...

Cuando pienso en que todas las Misiones tienen que despedirse después de Su Excelencia, lo que equivale a otras tantas ceremonias, me invade una desesperación que se parece al delirio.

A las 4 P. M.

Recepción en el Club Militar, dedicada a los cadetes argentinos. El calor es sofocante... Los muchachos son simpáticos y rebozan alegría. Me retiro con jaqueca: el champaña...

A las 5 P. M.

Recepción en la Legación Argentina. No sé qué mala suerte tengo en ciertos detalles de la vida... En una puerta, donde me encuentro sitiado, pasan diez personas consecutivamente sobre mi pie derecho...

La primera sensación es de estupor y luego dolor agudo. En seguida viene una especie de hormigueo y por fin la insensibilidad, absoluta: desmayo del pie, sin duda.

A las 9 P. M.

Función de gala en el Teatro Municipal en honor de las delegaciones extranjeras. El Gobierno tiene numerosos palcos reservados y en ellos encuentran colocación todas las Misiones. Hay grandes cenas preparadas para después de la función, pero... las fuerzas me faltan y me escabullo durante el segundo acto, dejando las atenciones a cargo de Panchito Figueroa, hijo de Su Excelencia.

Ha terminado, pues, el primer día de suplicio: 12 de Septiembre de 1910.

Septiembre 13.

Como lo preveía, ha tenido lugar un pequeño «tole-tole», a propósito del famoso decreto que nombra a la comisión de damas para los fines expuestos.

Llegué tarde al Ministerio, ese día, después de mis visitas y me encontré en el despacho del subsecretario con la presencia del señor Ministro de Hacienda, actualmente también de Justicia e Instrucción Pública, que esperaba a su colega.

Entré.

—Hágame usted el servicio de mostrarme, dijo, el decreto que designa el grupo de señoras que deberá atender a las damas argentinas.

El señor Ministro es de por sí impaciente o, más bien dicho, nervioso. Es un hombre distinguido, de trato algo duro, pero interesante; muy inteligente, muy caballero, muy personal en sus apreciaciones, pero de temperamento vibrante, arrebatado como un hilo eléctrico: ¡zzzttt!!

Fué, por consiguiente, con cierto recelo que le tendí el papel que me pedía, conocedor del móvil que lo inducía a hacerlo, y como, además, me asistía la convicción de que la razón estaba de su parte, ante el involuntario olvido en que se había incurrido, me puse a distancia prudente del sitio donde se encontraba: unos quince pasos, más o menos.

Lo leyó lentamente, con profunda atención. Luego frunció el ceño, sus facciones se descompusieron y ¡zás!, por el impulso de un diestro ademán, voló por los aires, con rapidez de flecha, la doble hoja

de papel, cayendo en seguida, al suelo toda arrugada.

El señor Ministro, presa de indignación, se paseaba rabiosamente por la sala, derramando sobre mí, inocente víctima, el chubasco de su desagrado. Hablaba con volubilidad.

—No asisto a ninguna fiesta, declaraba, óigalo usted bien. Borre usted mi asiento de todas las ceremonias! ¡El Ministro de Hacienda no figurará en el Centenario! ¡Ya lo sabe! Dígaselo al Ministro de parte mía.

Tras esa granizada salió del recinto golpeando con estrépito la puerta y dejándome atónito, con expresión necia, sin duda, en medio de la pieza.

Su actitud, no obstante, me era francamente simpática y, de buenas ganas, si no hubiera corrido peligro mi pellejo al hacerlo, habría estrechado manos con él.

En Santiago de Chile, donde abundan los maridos egoístas que sólo piensan en el bienestar de sus personas, que relegan a la mujer a bañar y acostar los niños, mientras ellos fuman, van al biógrafo y juegan billar en el club, constituyen honrosas excepciones los hombres que, como el señor Ministro de Hacienda, reclaman y exigen airados, para sus esposas, las prerrogativas que les son debidas.

Me subleva esa categoría de señores descrita cuyos ejemplares son numerosos en la capital. Se les ve en todas partes, siempre solos, nunca en familia, preocupados únicamente del feliz pasar de su humanidad. Son, en general, ricos; visten bien, están gordos, fuman bueno, comen bueno, beben

bueno, y lucen cierta analogía psicológica con esos personajes bizantinos «Kalifas» amigos del Sultán en las mil y una noches, ligeramente obesos a fuerza de bien vivir, que aspiran el humo de sus maravillosas pipas de Oriente, reclinados entre un montón de cojines y tapices.

Se pagan innumerables pequeños placeres imposibles de enumerar; engullen golosinas en los restaurants, jamás pasan inadvertidos para ellos los bocaditos exquisitos, las primeras fresas, las paltas prematuras, los melones precoces. Pasean, almuerzan con amigos, van a las carreras, a los torneos hípicos, a las fiestas interesantes, al teatro, y nunca deja de vérseles, sentados en primera fila, en el estreno sensacional anunciado.

La mujer, entretanto, tiene un hijo cada año; vive para ellos, los educa, los baña, los viste, los peina, los soba y los suena y sufre con ellos todas las vicisitudes de la vida: trasnocha cuando están enfermos, revisa sus tareas después de la escuela y vela por que sus calzoncitos y calcetines no tengan roturas ni agujeros.

Su cuerpo ha perdido toda línea estética. Se ha esfumado de su mente, para siempre, toda noción de buen gusto, de coquetería femenina y de elegancia Sus manos han tornado gruesas, ajadas, ásperas y se peina como una pobrecita: todo el pelo tirante reunido atrás en un moño apretado que parece hueso de lúcuma.

Pero... no importa... El «Pachá» llega en la noche inflado y satisfecho. La esposa, dulce y humilde, le recibe el sombrero y el abrigo y a la hora

de la comida, mientras todos escuchan en silencio, él, espléndidamente sentado en la cabecera, habla!

«¡Revoltant!»

Volviendo al señor Ministro de Hacienda, inútil me parece declarar que no suprimí su asiento en ninguno de los festejos oficiales en perspectiva. Su interesante esposa—cuya ausencia habría sido un vacío inllenable—no necesitaba, por cierto, de que su nombre figurara en el referido decreto para asumir el puesto que le correspondía, de acuerdo con el elevado cargo desempeñado por su marido.

Fué, precisamente, la declaración que me hizo el señor Izquierdo al darle cuenta del incidente.

Recogí, pues, el decreto que yacía lastimosamente en el suelo y me disponía a rehacerlo cuando se entreabrió la cortina verde que cubre la puerta y apareció la cabeza simpática, risueña, de nariz puntiaguda y ligeramente encorvada del subsecretario.

Tiene, sin duda, similitud con los gallitos de pasión, de mirada viva, de cola erguida y de voz sonora.

—¿Qué ocurre?, preguntó.

En este instante resonó un timbre. Su Excelencia nos llamaba a ambos.

El Excmo, señor Figueroa, cómodamente repantingado en su sillón, con un hermosísimo cigarro entre los dedos—que saboreaba con delicia contemplándolo cariñosamente y olfateándole—escuchaba con calma el relato de lo que ocurría. Y no podía haber sucedido otra cosa que la que sucedió. Serenidad después de la tormenta.

Con sorpresa constato que he escrito numerosas

páginas sobre un asunto de poca transcendencia. No me arrepiento—libro mío— porque son estos detalles de la vida los que precisamente nadie escribe y los que, sin duda, le dan colorido.

Septiembre 13.

Ha sido, por cierto, el día de hoy uno de los más agitados en mi vida.

A las 9 A. M.

Se inicia el programa con la inauguración de una columna conmemorativa de la célebre batalla que tuvo lugar en Maipú, el 5 de Abril de 1818.

El día está hermosísimo, vibrante de luz, y en el tren especial que conduce a la comitiva al sitio de la fiesta, reina inusitada alegría y contento. El aspecto es realmente hermoso y un hálito de patriótico entusiasmo flamea en el ámbito, dominante e invencible.

La atmósfera refulgente, el turquí arábigo del cielo, la temperatura y las brisas cargadas de aromas primaverales, contribuyen al bienestar y regocijo de los asistentes y diríase que flotara por doquier, una ingente sensación de gloria, como si revivieran en estos campos, sagrados por la sangre de los que murieron en ellos, al son de los clarines, los héroes de hace un siglo. Desde la entrada hasta el pie del pedestal, escalonado en la pendiente, se al-

zan los estandartes desplegados de todas las unidades del Ejército, mientras en un altar improvisado en la base del monumento, lleno de flores campesinas, celebra una misa de campaña, el capellán mayor castrense. La vista del paraje es pintoresca, el juego de colores soberbio y el espíritu de la fiesta, pletórico de belleza emotiva y de amor patrio. El general Goñi y el comandante del Colegio Militar argentino, pronuncian elocuentes discursos. El capitán don Luis Merino desarrolla una conferencia gráfica de la memorable batalla y el interés que tiene el relato de ese glorioso hecho de armas, rememorado con verba fácil por un miembro del Ejército, en el mismo lugar del suceso, se exterioriza con vigor creciente en la concurrencia. Un profundo silencio impera en la muchedumbre y, en tanto que el sol radioso baña al teatro de la epopeya con su fulgor de oro, la voz límpida del conferencista se deja oir tranquila y clara.

Una intensa emoción me invade. Mis pensamientos tienden su vuelo audaz y retrocede hacia esas épocas heroicas. La multitud atenta desaparece ante mi vista, la voz del orador se extingue y el monumento erigido se esfuma, a su vez, en la nada! El cañón atruena los campos, las balas silban, las trompetas suenan estridentes, mientras San Martín, erguido sobre su corcel brioso, arenga los escuadrones de granaderos patriotas. De las lomas verdes se precipitan los batallones del Rey y ambos ejércitos luchan encarnizadamente con el empuje irresistible y sublime que se llama patriotismo. Cae la tarde, el horizonte empalidece, los alcores asu-

men tonalidades violáceas y purpurinas y junto con los primeros astros que nacen en el cielo se inicia la victoria. A esa hora resuena el rumor de un caballo lanzado a todo galope y aparece en el campo de batalla, sembrado de cadáveres y regado de sangre, el Director Supremo de la naciente República, vendado aún de la herida que recibiera en Cancha Rayada. Vencido por el sagrado fuego de su patriotismo, ha venido al llano de Maipo y al constatar que el triunfo se impone, se abalanza al general y con su único brazo libre, lo abraza:

—¡Gloria al Salvador de Chile!

Las bandas de músicos resuenan y nuevamente resurge el ámbito de hoy, el homenaje conmemorativo a la gloriosa epopeya.

Las banderas flamean, los uniformes brillan al sol y las almas vibran henchidas por el noble e imperecedero recuerdo de esos días de gloria... Y por sobre todo, en una aureola de apoteosis, se yerguen las sombras inmortales de San Martín y O'Higgins.

A las 10 A. M.

Mientras en Maipú tiene lugar la ceremonia descrita, se coloca con gran pompa la primera piedra de la estatua de Camilo Henríquez en la Plaza del Brasil. Discursos del señor Ministro de Industria, de don Ricardo Cox Méndez y de don Carlos Silva Vildósola, un trío de oradores que se merecen.

Otro señor—no lo nombro—que traía, sin duda, su improvisación en el bolsillo, se abalanza a la tribuna. Me aseguran que lo detienen de una punta

del «chaqué». En estos días del Centenario la fiebre por hablar es general, contagiosa y epidémica.

Las 11 A. M.

El Embajador brasileño, don Domicio da Gama es recibido oficialmente por Su Excelencia.

A las 3 P. M.

He acompañado un instante a algunos delegados al Torneo de Esgrima, que se desarrolla en la Casa Consistorial, ofrecido por la Ilustre Municipalidad. No he almorzado. La nutrición a sus horas y con orden, es un detalle que ya no se toma en cuenta en los días que vivimos.

A las 4 P. M.

No hay tiempo para nada. Antes de las seis deben ser recibidos los Embajadores de España y de Bolivia, hora en que el Gobierno se ausentará de la capital. El desorden es indescriptible. Salimos a escape en dirección a la Legación de Bolivia, seguidos de los Coraceros a caballo y de toda la pompa protocolar.

Mientras avanzamos por la Alameda, una idea cruzó mi mente y mi corazón dió dos vueltas, el looping de loop, en mi pecho. Había divisado a uno de los miembros de la Embajada boliviana paseando tranquilamente bajo los árboles. En la confusión de las últimas horas, el Introductor de Diplo-

máticos no le había dado a nadie aviso ni del día ni de la hora de la recepción.

¡Qué pasaría ahora!

El joven diplomático que vagaba en la sombra, al ver el desfile de carruajes, tuvo a su vez una inspiración bendita y lo ví que se metía desalado en un coche cuyo auriga lanzaba a los caballos a todo galope!

Mientras tanto, imaginaba el desastre que iba a suscitarse. No alcanzarían nunca a reunirse todos lo miembros de la Embajada, que era numerosa; en vestirse se perdería media hora, otra en llamar por teléfono a cada uno, a todos los puntos de la ciudad, y así, pasaría la hora fijada para recibir al duque de Arcos, a las 5, y el momento para Su Excelencia de tomar el tren.

Mi cerebro zumbaba como si estuviera lleno de avispas y me sentía desfallecer ante el intríngulis que amenazaba producirse. No dije nada y, resignado a todo, llegamos a la Embajada.

La sorpresa fué mayúscula...

El Embajador fumaba tranquilamente charlando con sus secretarios y nada estaba más lejos de su ánimo que la llegada de los representantes del Gobierno, de las grandes carrozas y de los picadores a caballo.

Luego, ante la súbita aparición del Subsecretario, del Edecán de Su Excelencia y del Introductor de Diplomáticos, produjose el desorden y la confusión más completa.

Con toda sangre fría declaré que debía haberse extraviado la nota verbal enviada del Ministerio, y

la escena que se siguió fué de un movimiento extraordinario. Todos corrían, subían escalas, bajaban de nuevo, perdían el rumbo, se confundían, peleaban a sotto voce precipitadamente. Unos se colgaban del teléfono, como lo había previsto a buscar a los senadores, señores Sanginés y Ascarrunz, que andaban fuera, mientras otros penetraban en tropel a los diversos departamentos a fin de vestirse. El Excmo. señor don Macario Pinilla, púsose el frac con más presteza que Frégoli y divisé—¡oh como lo comprendo!—que le daba un pellizco retorcido, con la sonrisa disimuladora en los labios, a un jovencito de la Embajada.

El tiempo pasaba y yo meditaba en la cara que pondría el Excmo. señor Figueroa y sus Ministros esperando en el salón de honor de la Moneda.

Por fin, tarde, nos metimos anhelantes a los carruajes de Gobierno y nos pusimos en marcha. Nadie podía hablar, tal era el cansancio en que nos había dejado el «tole tole» y la precipitación de la salida. Durante el trayecto dejamos establecido que las visitas de reglamento, que se siguen a la ceremonia, se daban por hechas con la aprobación entusiasta de todos los presentes.

La recepción fué rapidísima. El Excmo. señor Pinilla leyó su discurso sin pestañear una sola vez y Su Excelencia contestó de carrera sin darse tiempo ni para respirar. Cruzáronse dos palabras y salimos poco menos que corriendo.

La culpa es mía, a ti te lo confío, librito amigo. No dí cuenta a la Embajada de la hora ni de la fecha fijada... Mi cabeza flaquea.

El Embajador Pinilla estuvo gentilísimo y no tuvo una sola palabra desagradable de protesta.

Lo acompañan los senadores don Víctor Sanginés y Moisés Ascarruns. Los diputados, Julio Zamora y Benigno Guzmán.

Los mayores, Carlos Blanco Galindo y Raimundo González Flor.

El teniente Santibáñez.

Don Macario tiene una imponente figura. De tez cobriza, alto, bien plantado, seguro de su posición y del rol que desempeña, tiene modales finos de diplomático distinguido y no omite la ocasión de ser amable.

Los miembros de la Embajada, tras de él, siguen su escuela y hasta sus movimientos. Se inclinan cuando él se inclina, con disciplina absoluta.

La Embajada se aloja en Carreras 146, casa de don Carlos Grez.

A las 5 P. M.

La Embajada de España está citada oficialmente a las 5 de hoy. Ha llegado con atraso y el tiempo apremia en vista de que Su Excelencia y comitiva deberá partir a las 6 P. M., a Valparaíso, donde, conforme al programa, revisará la escuadra nacional y los buques de guerra extranjeros. Esas fuerzas nalvales constan de 4 buques de EE. UU., 3 del Brasil, 2 argentinos, 1 alemán, 1 italiano y 1 ecuatoriano.

La mala salud del Excmo. señor Embajador de España—cuyo estómago da más que hacer que un

miembro de la Embajada—ha ido retrasando, de día en día, la presentación de sus credenciales, siendo hoy la última fecha posible en que se pueda efectuar la ceremonia.

Don José de Brunetti y Gayoso de los Cobos, duque de Arcos, que así se llama el representante de Su Majestad don Alfonso XIII, es un extraño y por demás interesante personaje, que tuve la suerte de conocer en Washington, cuando era un chiquillo, en 1901, donde desempeñaba el mismo cargo de Embajador. Lo acompaña un lucido cortejo de caballeros, a saber:

El señor Méndez de Vigo, secretario de la Embajada.

El teniente-coronel, don Enrique Toval.

El comandante don Angel Morales.

Estoy tentado de agregar a la comitiva el ilustre estómago del duque que me da tanto o más que hacer que un miembro de la Embajada. Habré efectuado diez visitas a su residencia, Compañía 1411, casa de don Claudio Matte, a fin de imponerme de la salud del distinguido enfermo que pasa la mayor parte del tiempo sumido en su cama, con absoluta tranquilidad y prescindencia del protocolo y de las fiestas. Hace bien!

Es la única Embajada en que el champaña es reemplazado por el bicarbonato y cada vez que la frecuento, me empino mi buena dosis para contrarrestar los efectos perniciosos de las comilonas diarias.

El noble caballero es, como ya lo dije, un curioso

personaje, espectro quijotesco de los tiempos de la hidalga España de Cervantes.

Inmensamente alto, extremadamente flaco, se yergue sobre un par de piernas interminables que no tienen colocación cuando está sentado, y nos tiende una mano larga, huesuda, aristocrática y seca como yesca, sin que la más leve sonrisa ilumine su fisonomía enjuta y amurrada: luego deja pender sus brazos tan prolongados como las piernas, y toda su silueta, quebrada, desarmada, se sume en el amplio sillón donde permanece un instante en actitud reflexiva, meditabunda e inmóvil. El rostro demacrado, de finas facciones, como esculpidas en madera, desaparece a medias en la maraña de una barba desordenada y gris. Surge de ese caos la nariz aguileña y afilada, la boca se pierde entre los pelos largos y crespos que forman un solo nido de espesura, pero, en el fondo de esa vegetación exuberante, relampaguean con extraordinaria refulgencia un par de ojillos muy pequeñitos, muy centelleantes y muy azules.

Diríase que es uno de esos seres de leyenda, visión de guerrero feudal que ha surgido en las tinieblas de la tumba subterránea para vagar por los castillos abandonados y ruinosos de la Edad Media; fantasma enigmático de otra época, la faz marmórea y luenga barba hirsuta, errante en la noche, revestido de una antigua armadura de cota de malla, y cuya sombra espectral se proyecta al claror de la luna sobre los viejos muros sembrando el pánico de las aldeanas que aseguran haber oído ruidos nocturnos de espadas y de cadenas arrastradas!

Es un hombre agobiado de dolencias, lacio de todo, cansado de vivir, como inconsciente e indiferente de lo que ocurre a su rededor. No formula un esfuerzo en obsequio de nadie, ni le brinda a nadie el favor de una sonrisa, ni responde las frases atentas que se le prodigan, ni pretende reconocer a nadie: frío, lúgubre, taciturno, reconcentrado, diríase que sucumbe bajo el peso de su uniforme, de sus cruces, del mundo y de sus farsas, de todo en fin!

Está unido en matrimonio a una muy cautivadora persona, una dama yanqui, no menos que treinta años menor que él. Lo rodea ella de atenciones casi maternales, repartiendo en torno suyo, a discreción, las sonrisas que él no sabe prodigar y dedicando su joven existencia al cuidado de ese noble inválido. La duquesa de Arcos está siempre risueña, siempre contenta, y mientras más es la sombra que invade el rostro huraño de su consorte, más es la luz que irradia en su fisonomía luminosa.

Diríase, al verla, que cumple, con alegre resignación, la vida extraña que le impone el destino. Es la distinguida cuidadora de un enfermo ilustre que recorre, entre sus brazos, el mundo, sin inmutarse, sin vibrar por nada, tan sólo dejándose querer!

He ahí el Jefe de la Embajada de Su Majestad el Rey de España. Los demás miembros de ella son jóvenes vivos y bulliciosos y a pesar de ese contraste, uno siente que la cabeza solemne e irredargüible de la Misión, es aquél lúgubre y mudo personaje, que permanece envuelto en el silencio más hondo pero que, no obstante, dirige y manda.

De regreso a la Moneda, tres cuartos de hora an-

tes de la hora fijada para que su Excelencia se trasladara a Valparaíso, en el momento en que nos disponíamos a ir en busca del Embajador de España, comunican la súbita llegada de la delegación del Uruguay, formada por don Juan Zorrilla de San Martín, con credenciales de Ministro, del diputado don J. Enrique Rodó y del comandante Jaime Bravo.

—Es preciso recibirlos oficialmente dentro de los tres cuartos de hora, declaró el Ministro, únicos y últimos instantes libres antes de las fiestas.

Creí que me caía al suelo. Era un imposible y nos faltaba materialmente el tiempo para dar cumplimiento a la orden impartida.

—No hay carruajes de Gobierno disponibles, señor, dije, puesto que habrán de ser ocupados por el duque de Arcos y su comitiva. ¡Si esperamos que termine la ceremonia para efectuar la otra, Su Excelencia no saldrá de Santiago ni a las ocho de la noche!

Un formidable puñetazo dado sobre la mesa por el señor Ministro, en calidad de respuesta, hizo saltar el tintero, el secante, las plumas y todo lo que había cerca, incluso a mí que estaba al lado.

—¡De manera que hasta de los coches tengo que preocuparme yo, yo,— el Ministro, vociferó!

Tenía razón, sin duda..., pero yo también la tenía. Qué culpa tiene nadie si se suscitan casos inverosímiles y situaciones insolucionables. La Delegación del Uruguay, y que venía expresamente para las fiestas del Centenario, tenía que ser recibida, y si no tenía lugar hoy, la recepción, el fracaso

de su viaje era inminente. Así lo expresó mi honorable jefe.

Repliqué nuevamente.

—¡Y qué quiere que haga yo, señor! Cómo puede pretenderse que yo cree de la nada equipajes y caballos, lacayos y cocheros, premunidos de las libreas correspondientes y del escudo nacional. No tengo, por desgracia, amistad, ni sé dónde reside, el hada que, por favorecer a la Cenicienta, transformó, en menos que canta un gallo, un zapallo en una carroza.

Esta impertinencia,—la reconozco,—fué apreciada como lo merecía por mi jefe.

—¡Idiota!—gritóme airado, y, asumiendo una actitud autoritaria, que no admitía réplica, ordenó terminantemente:—A las 5 y media debes de estar ante Su Excelencia con los señores delegados de la República Oriental. Busca manera de traerlos a la Moneda en forma decorosa... y ni una palabra más!

—Lo haré así,—exclamé frenético,— (mi carácter se está poniendo de una efervescencia que me alarma), y vendré con ellos en lo que encuentre a mano, en lo que pille primero: buscaré un «postino» y, si no lo hay, será carretela y, si tampoco la encuentro, hará de coche de Gobierno una golondrina.

El señor Ministro alcanzó a dirigirme una mirada traspasadora, pero yo, con la rapidez propia de la juventud, desaparecí más que ligero.

Bajé las escalas desaforadamente a fin de organizar, en diez minutos, esta recepción realmente extraordinaria, mientras don Bernardino Toro, el

Subsecretario, salía por otro lado en busca del Excmo. señor Embajador de España y de su séquito.

Me detuve en medio de la calle transpirando, atónito, sofocado, confundido, sin acertar a dónde dirigir mis pasos, sin lograr orientar mis ideas y, oprimiendo entre mis dedos, mis sienes que latían.

—Calma, calma, me repetía yo, y luego me acariciaba una cadera con el mismo ademán afectuoso con que se amansa a los potrillos chúcaros.

De pronto, una idea luminosa cruzó mi mente. ¡No había tiempo que perder! Corrí desalado donde mi excelente amigo, el Ministro del Uruguay, don Juan Cuestas, viejo conocido de los tiempos de mi niñez en Estados Unidos, donde era ya Ministro de su país, época en que su señor padre era Presidente de la República. A él le referí todos los detalles del intríngulis en que me encontraba, los deseos del Gobierno de recibir en la forma debida y como lo merecía, la misión del Uruguay, y la imposibilidad de hacerlo. El hombre inteligente, comprensivo y sincero, se puso a la tarea conmigo y juntos organizamos la primera faz de la ceremonia. Un instante después, tras una rápida hablada por teléfono, íbamos en busca de los huéspedes en el «coupé» particular de mi amigo diplomático y en el coche de mi madre, hecho carruaje oficial de Gobierno.

Tomaron colocación en ellos el poeta-Ministro, señor Zorrilla de San Martín, el diputado don J. E. Rodó y el comandante Bravo. No me dí cuenta, en un principio, del carácter de los personajes que acompañaba, tal era mi ofuscamiento y la prisa que te-

nía por que terminara pronto la ceremonia. El aspecto de la misión no era, sin duda, a primera vista, decorativo,—se presentaba exenta de uniformes brillantes y de condecoraciones—pero emanaba de ella un no sé qué de valer intrínseco algo inexplicable, de profundamente interesante, algo que no era banal en absoluto, ni vulgar. Así como algunas embajadas se mueven en un ambiente palpitante de vanidad, de «chic» y de snobismo, ésta tenía un colorido,—vamos a ver si puedo explicarme,—novelesco, opaco, pero intelectual, de un romanticismo polvoriento de biblioteca taciturna o de archivo triste, descrito en alguna obra de Anatole France o de Paul Bourget.

El primero era un hombrecito gris, de cincuenta años, vivo como una ardilla, barbudo, contento todo el tiempo, contentísimo: tipo divertido, simpático, exento de complicaciones y ajeno a todas esas pequeñas farsas y comedias de que está llena la vida.

El otro, Rodó, me pareció un mito ligeramente colorín, permanecía mudo e impenetrable en su asiento, con las manos sumidas en los bolsillos.

Cuestas me había dicho, antes de salir, que era un genio dotado de un talento de coloso y este antecedente hacíame observarle de reojo curiosamente. A través de sus lentes de oro, sus ojos no brillaban, sus labios seguían inmóviles y ningún sentimiento se traducía en su fisonomía impasible y solemne... Comprendí que ese temperamento, esa envoltura de un alma como la suya, obedecía a una

fuerza superior oculta y me prometí conocerlo más tarde.

Llegamos.

La plazoleta de la Moneda estaba repleta de una compacta muchedumbre y los amplios carruajes de Palacio, la clásica berlina y los landaus... estacionados frente a la puerta, indicaban que, en estos momentos, era recibido por el Excmo. señor Vicepresidente de la República, el Excmo. señor Embajador de España.

Daban las seis, hora en que la comitiva debía,—conforme al programa,—tomar el tren en dirección al Puerto.

En vista de que los carruajes de Gobierno ocupaban todo el frente de la acera, hubimos de descender a respetable distancia de la puerta y luchar, si se puede decir, cuerpo a cuerpo, con la multitud.

¡No se había visto nunca una recepción diplomática llevada a efecto en forma tan democrática! El público, ante la aparición de nuevos personajes, acompañados del jefe del protocolo, confundidos en medio de la turba misma, gritaban sus «vivas» a boca de jarro, sin dar con la nacionalidad de los huéspedes a quien yo miraba de soslayo. El señor Zorrilla de San Martín iba divertidísimo, dominado por una invencible alegría, en tanto que Rodó, impertérrito, no parecía regocijado.

Por fin entramos y, en vista de que la Embajada de España aún no salía del salón de honor, dejé a mis huéspedes en uno de los salones y me lancé a la plazoleta. Tras una breve seña, me ví rodeado de pueblo y, medio desvanecido por un vaho formi-

dable a empanadas, cebollas y otras cosas: olor a surtido, en una palabra, expliqué brevemente la nacionalidad y rango de los caballeros que habían penetrado conmigo a la Moneda y nuestra afectuosa cordialidad con la República Oriental del Uruguay.

—Así lo exterioriza el Gobierno de ese país enviando a un poeta de nombre como el señor Zorrilla, a un escritor de la fuerza del señor Rodó y a un miembro del ejército de la distinción del señor Bravo. Una ovación a la salida sería por demás oportuna, agregué.

Tras estas declaraciones, subí como un celaje las escaleras y llegué arriba en el instante en que se despedía la Embajada de España.

Si fué desordenado el prólogo de la recepción de que me ocupo, no digo nada de la ceremonia.

No había discursos. El atraso con que había llegado la misión había impedido que fuera ella recibida como sus colegas, como era de protocolo hacerlo; el apuro, la falta absoluta de tiempo disponible, la ninguna organización preparada, se tradujo en la confusión más completa y no hubo durante la mencionada recepción, ni un instante de claridad. Cuando se inicia un desfile en forma inconexa, cuesta un triunfo restablecer el orden. Algo parecido fué lo que ocurrió en el salón de honor al ser recibido el Excmo. señor Zorrilla de San Martín. Por más que yo hacía inauditos esfuerzos por restablecer el protocolo desbarajustado, era todo en vano. Se daban la mano en el vacío, invitados a sentarse, sentábanse dos a un tiempo en la misma silla, y se percibía el repiqueteo de un teléfono,—de la

estación sin duda,—que sembraba en el ambiente, con su campanilleo enervante, aun más confusión y trastorno.

No obstante, la entrevista fué cordial, y luego amistosa y sincera hasta la campechanería. Por fin, se golpeaban unos a otros los hombros como viejos amigos.

Nos despedimos de prisa. Por darle la mano a Su Excelencia, Rodó se la dió a su compañero Zorrilla y don Emiliano a Carlos Larraín Claro. En la puerta de salida, donde es costumbre efectuar una última reverencia ceremoniosa al primer magistrado de la Nación, nos dimos un cabezazo don Juan Cuestas y yo, y el comandante, enredado en su espada, casi tropezó en la escala.

Pero apenas aparecíamos en la plazoleta y la guardia hubo presentado armas, prorrumpió la más estruendosa y sincesa de las ovaciones. Y al decir «sincera», lo digo, a mi vez, con sinceridad. A pesar de mi advertencia, hubo verdadero entusiasmo en darle cumplimiento, por cuanto la progresista República del Uruguay goza de hondas simpatías en Chile.

Apenas desaparecía la misión en la sombra de la escala, sacábase de prisa la banda presidencial el Excmo. señor don Emiliano, ayudado por las ocho manos de sus Ministros, y habiendo endosado su abrigo colgado de un clavo en su despacho, precipitábase el Gobierno en los carruajes que aguardaban para llegar a la estación con más de una hora de atraso, lo que bien podía ser un trastorno en toda la organización ferroviaria y determinar un choque...

Todas las ventanillas del convoy estaban llenas de cabezas ansiosas, que se asomaban, unas encimas de otras, como racimos, al penetrar Su Excelencia y comitiva al andén. Sin duda que todos los viajeros estaban interiormente iracundos, pero, ¡qué hacerle! «c'est la vie». Al acercarse el Excmo. señor Figueroa, todos sonreían.

—¡No importa haber esperado tanto... ahora que ya llegó!

«A tout seigneur, tout honneur!